

Julio 21 de 1939

24^a REUNION — 22^a SESION ORDINARIA

Presidencia de los señores Juan G. Kaiser y Carlos A. Pita

MINISTRO PRESENTE:

de Agricultura,

Ingeniero José Padilla;

DIPUTADOS PRESENTES:

Acuña, Aurelio S.
Aguiar, Henoch D.
Aguirre Cámara, José
Agulla, Juan Carlos
Alsina, Juan José
Alvarez Colodrero, Carlos
Allperín, Samuel
Amadeo y Videla, Daniel (h.)
Anastasi, Leonidas
Araujo, Eduardo
Arbeletche, Aníbal P.
Aresiano, Carmelo I.
Barceló, Alberto
Barrau, José
Beiró, Angel Francisco
Bertotto, José G.
Boatti, Ernesto C.
Boero, Albino
Busaniche, Julio A.
Busignani, Mario
Cabral, Humberto
Cafferata, Juan F.
Cantilo, José Luis
Cappellini, Luis E.
Carreras, Ernesto L. de las
Castex, I. Mario
Castro Frediani, Manuel L.
Cisneros, Carlos E.
Cooke, Juan I.
Cordero, Octavio
Courel, Carlos D.
Damonte Taborda, Raúl
Devoto Acosta, Alcibiades
Díaz, Raúl

Dickman, Enrique
Duffy, Eduardo N.
Eberlé, Enrique
Eyto, Francisco F.
Fassi, Santiago Carlos
Fazio Rojas, Lorenzo
Figueras, Julio A.
Garona, Juan A.
Ghioldi, Américo
Godoy, Raúl
Gómez Grandoli, Clemente
Gómez Rincón, Abel
González, Benjamin S.
Grisolia, Luis
Güerci, José María
Guerrero, José Rafael
Guglielmelli, Aquiles M.
Guillot, Victor Juan
Guiraldes, Carlos (h.)
Gutiérrez, José María
Hardoy, Emilio J.
Hernández, Clodomiro
Horne, Bernardino
Illanes, Eloy J.
Infante, Faustino
Irigoyen, Carlos
Iriondo, Urbano de
Jaramillo, José María
Jiménez, Mario
Kaiser, Juan G.
Labayen, Juan
Lanus, Adolfo
Lezica Alvear, Florencio
Lima, Vicente Solano
López, Héctor S.
López García, Francisco
López Morino, Ismael
Maino, Alejandro
Martínez, Benito E.
Medina, Justo G.
Méndez Calzada, Joaquín
Montagna, Carlos P.

Mugica, Adolfo
Muniagurria, Walter Julio
Noel, Martín
Ortiz Basualdo, Samuel
Ortiz de Zárate, Miguel
Osores Soler, Manuel E.
Pagano, David J.
Palacio, Benjamín
Pandolfo, Pío
Pastor, Reynaldo A.
Paz, Eduardo
Paz Posse, Ramón D.
Peco, José
Peña, Ernesto S.
Peña, Solano
Pérez, Deolindo
Piedrabuena, Carmelo P.
Pinto, Manuel (h.)
Pita, Carlos A.
Pizarro, Néstor A.
Prat Gay, Fernando de
Radio, Pedro
Ravignani, Emilio
Repetto, Nicolás
Reyna, Rodolfo
Rocha, Justo V.
Ruggieri, Silvio L.
Saá, Alberto
Saccone, Romeo D.
Sancerni Giménez, Julián
Sánchez, Adolfo B.
Schoo Lastra, Dionisio
Siri, Obdulio F.
Solana, J. Félix
Solari, Felipe C.
Solari, Juan Antonio
Soldano, Arquímedes A. E.
Solís, Rogelio J.
Soto, Pedro Numa
Susan, José C.
Tamborini, José P.
Tapia, Numa

Vásquez, Juan Carlos
Vélez, Francisco M.
Vilchez, Martín
Zara, Edmundo Leopoldo
Zavala Ortiz, Teobaldo

AUSENTES, CON LICENCIA:

Basualdo, Honorio
Beristain, Francisco
Biancofiore, Rafael
Ferreira, Antenor R.
Grassi, Alfredo
Hernández, Victorio
Izurieta Fourquet, Agustín
Lazo, Plácido C.
Martínez, F. Benigno
Martínez, Gregorio N.
Martínez, Manuel
Morrogh Bernard, Juan F.
Noel, Carlos M.
Onsari, Fabián
Osorio, Miguel
Quintana, Fenelón
Sáenz, Mario
Telsaire, Eduardo (h.)
Urien, Enrique César
Vilgré La Madrid, Juan
Zunino, Marcelo A.

AUSENTES, SIN AVISO:

Arias Uriburu, Juan
Barriounevo, Gerardo
Carús, Agustín J.
De Miguel, Benito
Moreno, Ricardo A.
O'Reilly, Guillermo R.
Sammartino, Ernesto
Simón Padrós, J.
Solá, Juan E.
Videla Dorna, Daniel

SUMARIO

- 1.—Manifestaciones en minoría.
- 2.—Acta.
- 3.—Asuntos entrados:

- I.—Despachos de comisión.
- II.—Peticiones particulares.

III.—Proyecto de ley, de los señores diputados Cisneros y Noel (M.), sobre construcción de la casa del artista, en San Carlos de Bariloche (Río Negro).

IV.—Proyecto de ley, del señor diputado Devoto Acosta, sobre transformación de la Escuela de Artes y Oficios de Curuzú Cuatiá (Corrientes) en escuela-fábrica de hilandería y tejidos de lana.

V.—Proyecto de ley, de los señores diputados Ghioldi y Dickmann, sobre subsidio a la Federación Argentina de Asociaciones de Maestros, para gastos de la delegación al I Congreso Internacional Americano de Maestros.

VI.—El señor diputado Soldano reproduce un proyecto de ley, modificando el artículo 3º de la ley número 11.744, sobre desagües pluviales en la Capital Federal.

VII.—Proyecto de ley, del señor diputado Courel y otros, sobre construcción de un dique de embalse en Ischilín (Córdoba).

4.—Nómina de proyectos de resolución y declaración.
5.—Acuérdase licencia para faltar a sesiones, a los señores diputados Morrogh Bernard y Hernández (V.).

6.—Indicación del señor diputado Cisneros, para pasar a estudio de la Comisión de Negocios Constitucionales un proyecto referente al embalse del arroyo Napostá, de Bahía Blanca.

7.—Manifestaciones del señor diputado Pandolfo, relacionadas con la actuación de la comisión especial designada para representar a la Honorable Cámara en los actos conmemorativos del cincuentenario del Congreso de Derecho Internacional Privado, realizados en Montevideo.

8.—Moción del señor diputado Mugica, autorizando a la Comisión de Negocios Constitucionales a publicar el estudio referente a la reforma de la ley de expropiaciones. Es aprobada.

9.—Indicación del señor diputado Repetto, sobre pronto despacho de la Comisión de Presupuesto y Hacienda, en el proyecto de ley, autorizando al Poder Ejecutivo a comprar el ingenio azucarero Santa Ana, de Tucumán.

10.—Proyecto de resolución, del señor diputado Aguirre Cámara, por el que se solicita al Poder Ejecutivo informes por escrito, relacionados con las disposiciones adoptadas, referentes a la reglamentación de los aceites comestibles y cuestiones conexas. Es aprobado.

11.—Proyecto de resolución, del señor diputado Ghioldi, solicitando informes por escrito al Poder Ejecutivo, acerca de las razones por las cuales ha dejado de funcionar el Instituto Nacional de Ciegos y cuestiones conexas. Es aprobado.

12.—Continúa la consideración del despacho de la Comisión de Legislación Agraria, sobre creación del consejo nacional de colonización.

—En Buenos Aires, a veintinueve días del mes de julio del año 1939, siendo la hora 15 y 59:

1

MANIFESTACIONES EN MINORIA

Sr. Solana. — Solicito que si a la hora reglamentaria no hubiese número, se espere un cuarto de hora más.

—Asentimiento.

Sr. Presidente (Kaiser). — Como hay asentimiento, se continuará llamando.

—A la hora 16 y 15:

2

ACTA

Sr. Presidente (Kaiser). — Queda abierta la sesión con 82 señores diputados en el recinto.

Se va a dar lectura del acta de la sesión anterior.

—Por indicación del señor diputado Solana, se suprime la lectura, y se da por aprobada el acta.

3

ASUNTOS ENTRADOS

Sr. Presidente (Kaiser). — Se va a dar cuenta de los asuntos entrados.

I

Despachos de comisión

PRESUPUESTO Y HACIENDA:

En el proyecto de ley del señor diputado Cooke y otros, sobre subsidio para gastos de la delegación del profesorado argentino a la constitución del Comité Permanente de Enseñanza Superior.

—En el mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo, modificando la planilla A de obras públicas nacionales en curso de ejecución (Ministerio de Guerra), en substitución de la aprobada por la ley número 12.576.

—A la orden del día.

las necesidades que deben satisfacerse con motivo de la nueva organización dada es por ese motivo, probablemente, que el señor diputado por la Capital sabrá que había un presupuesto anterior, de 1939, asignado al Instituto Argentino de Ciegos y un nuevo presupuesto que ha elevado el Poder Ejecutivo para el Patronato Nacional de Ciegos, cuyas cifras tengo aquí. Indudablemente hay un aumento en lo propuesto por esta nueva institución: \$ 194.700 moneda nacional en sueldos tenía el Instituto Argentino de Ciegos, y \$ 234.000 m/n. por el mismo concepto, tiene el actual Patronato Nacional de Ciegos. En gastos, el Instituto Argentino de Ciegos invertía \$ 105.570 m/n., y la nueva organización demanda 599.872.

No puedo entrar a considerar yo si el presupuesto nuevo de la institución es elevado o no. El señor diputado en el punto segundo del pedido de informes solicita que el Poder Ejecutivo manifieste en qué sentido y en virtud de qué disposiciones legales se ha modificado el presupuesto del Instituto Argentino de Ciegos. Eso lo dirá el informe que oportunamente nos envíe el Poder Ejecutivo.

La nueva comisión ha proyectado el presupuesto para el año en curso considerando que el decreto del Poder Ejecutivo que le fija una nueva esfera de acción, obligaba a distribuir de una manera distinta las sumas asignadas. Tengo entendido que se ha firmado un decreto en acuerdo de ministros, seguramente para solicitar en su oportunidad la respectiva sanción legislativa. Creo que ese presupuesto establecido por acuerdo de ministros, se halla en la Contaduría General de la Nación. No es difícil que la contaduría, de acuerdo a las prácticas reglamentarias, lo observe.

Sr. Ghioldi. — De acuerdo con las prácticas, el Poder Ejecutivo lo aplicará; de acuerdo con las malas prácticas.

Sr. Radío. — De acuerdo con las prácticas, el Poder Ejecutivo podrá insistir o no.

Creo, señor presidente, interpretar el pensamiento de mi bloque al apoyar este pedido de informes, porque no debe quedar ninguna duda sobre el celo del Poder Ejecutivo, que ha de poner en claro seguramente los dos puntos a que se refiere la minuta.

El sentido de nuestro voto es sencillamente éste: expresar que no hemos de oponernos a ningún pedido de informes de esta naturaleza, en que se vele por el prestigio de las instituciones. El Poder Ejecutivo ha puesto en manos honorables el Patronato Nacional de Ciegos, y tiene también una junta consultiva honoraria,

los nombres de cuyos miembros está de más citar en esta Cámara y que dan toda una sanción moral a estos decretos del Poder Ejecutivo.

Con el concepto expresado, vamos a votar el pedido de informes del señor diputado por la Capital.

Sr. Guillot. — Pido la palabra.

No me parece necesario hacer un discurso para decir que nuestro sector va a apoyar el pedido de informes presentado por el señor diputado Ghioldi.

En su oportunidad, cuando se trató el asunto al discutirse el presupuesto, fundamos nuestra posición con respecto a la dependencia que lógicamente correspondía al instituto que parece ha sido clausurado. De manera, entonces, que toda solicitud encaminada a pedir un esclarecimiento respecto a su imprevista desaparición o por lo menos a su dispersión, obediendo a un plan nuevo y desconocido, nos parece razonable y esperamos que tenga una respuesta rápida.

En cuanto al segundo punto, las mismas cifras que he escuchado al señor diputado por Entre Ríos, que fundó el voto del sector concordancista, me inducen a insistir en su conveniencia. Me ha parecido oír que efectivamente el presupuesto había sufrido serias modificaciones y un abultamiento considerable, al margen de las asignaciones de la ley.

Sr. Radío. — En cuanto a los gastos.

Sr. Guillot. — Sí, señor diputado. En cuanto a los gastos, cabalmente.

Por eso, nosotros votaremos favorablemente el pedido de informes.

Sr. Presidente (Kaiser). — Se va a votar en general el proyecto en discusión.

—Se vota, y es aprobado, aprobándose igualmente en particular.

Sr. Presidente (Kaiser). — Queda sancionado. Se comunicará al Poder Ejecutivo.

Sr. Presidente (Kaiser). — Continúa la consideración de la orden del día número 73, de creación del consejo agrario nacional.

El señor diputado Maino ha solicitado prórroga del tiempo reglamentario; la Honorable Cámara resolverá si se acuerda ese prórroga.

—Se vota, y resulta afirmativa.

Sr. Presidente (Kaiser). — Continúa con la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Maino. — Antes de retomar el hilo de la exposición que había comenzado ayer, voy a entregar a la Secretaría en forma de proyecto, para ser incluido en la orden del día que se está considerando, los proyectos que yo considero adecuados a la solución de los problemas que plantee ayer y que suponía no contemplados en el despacho en debate. Al depositarlos en Secretaría, solicito que sean agregados al final del Diario de Sesiones correspondiente a la sesión de hoy, a fin de que los miembros de la Comisión de Legislación Agraria, que ha presentado el despacho que estamos considerando, y los demás señores diputados, puedan estar en condiciones de conocerlo en detalle para cuando llegue el momento de que sean propuestos en la discusión en particular. (1) Desde ya dejo propuesto lo siguiente: que una vez que se haya votado en general el despacho, pase de nuevo a la comisión, para que esta, en breves días, tome en consideración todas las objeciones fundamentales y de detalle que se han formulado al dictamen, a fin de que esté en condiciones de informar a la Honorable Cámara respecto a la procedencia de su inclusión o modificación.

Y retomando ahora —como digo— el hilo de mi exposición, recordaré que estaba exponiendo los puntos fundamentales respecto al costo, para demostrar que son muy pocos los arrendatarios que están en condiciones de hacer uso de la ley que estamos considerando. No he de entrar al detalle de esos costos; quiero limitarme a la enunciación de los más importantes, que son dos y que podrían, tal vez, reducirse a uno solo. Las dos cuestiones que inciden más sobre los costos son los impuestos y los arrendamientos. Por eso insistí ayer sobre la necesidad de legislar respecto al precio del arrendamiento.

Yo soy, señor presidente, de los que consideran estas dos cuestiones, la renta privada y la renta del Estado, como una cosa idéntica, en otros términos, que el precio del arrendamiento así como el interés del capital, es una forma

de impuesto. No es el Estado el que la aplica, es el particular, pero en el caso de los arrendatarios influye para que éstos, llevando una vida de trabajo y de muy poco lúcro, no estén en ningún momento, si el Estado no acude con las medidas previsoras que propongo, en condiciones de hacer uso de esta ley.

El Estado incide en forma demasiado grave sobre la economía de todos los habitantes del país; pero lo que es más serio en el caso que estamos contemplando es su incidencia, su percusión, para emplear el término conocido, sobre el arrendatario. El fisco está presente en cualquier momento de la vida del labrador; cuando acude a la casa de comercio a adquirir sus herramientas, cuando consume cualquier cosa, así sea sal o fósforos; está presente mediante todos los impuestos directos e indirectos. Desgraciadamente lo que entre nosotros se ha hecho con los impuestos al consumo o internos, es, como dice Jèze, organizar la vida cara.

En el proyecto que se considera, felizmente se ha contemplado uno de esos aspectos, porque se trata de liberar a los futuros colonos, instituidos por el régimen de la ley proyectada, de algunos de los impuestos aduaneros. Ultimamente el arrendatario, el chacarero, el trabajador de los campos ha visto agravada su situación económica frente al Estado por dos géneros de impuestos: los provinciales, a los que ya me he referido ayer, que no son sólo los que recaen de manera indirecta sobre el precio de los cereales y oleaginosos sino también otros; y los nacionales, que se han agravado con el impuesto a los réditos, que también alcanza a la mayor parte de los agricultores y no sólo a los de más importancia.

En esta Cámara nos hemos preocupado de una cantidad de problemas, intentando darles solución. Así, hemos discutido proyectos de ley y minutas de comunicación sobre despoblación de ciertas regiones, sobre el éxodo de habitantes de ciertas provincias, sobre el ensanche del desierto, sobre mortalidad infantil; hemos considerado cuestiones de higiene, como las referentes al tracoma y al paludismo; nos hemos agitado por la solución del problema del incremento de la tuberculosis; nos hemos ocupado de la lucha contra la lepra, de la desnutrición de los escolares y mayores, de la incapacidad para el servicio militar de nuestra juventud; nos hemos preocupado de la depauperización de nuestro pueblo; hemos abordado la solución del problema de la asistencia social de la vejez y de la invalidez para el traba-

(1) Véase pág. 594.

jo; ha motivado preocupaciones de la Cámara el seguro contra la vejez y la desocupación; sobre la protección a la infancia, sobre provisión de agua a las provincias áridas y sedientas; nos hemos preocupado, en fin, de numerosos otros problemas, y todos ellos, señores diputados, tienen un común denominador: el dinero.

En las sesiones del mes de octubre del año pasado, cuando considerábamos lo que es hoy la ley número 12.397, creando la Comisión Nacional de la Tuberculosis, tuve ocasión de expresar que la falla que yo encontraba en ese proyecto era su financiación defectuosa, y para remediarla propuse la creación de un adicional al impuesto a los réditos. La Cámara creyó más conveniente entregar la financiación del gasto respectivo a rentas generales.

Cuando se consideró en esta Cámara lo que es actualmente la ley número 12.558, sobre asistencia médica y social del niño, propuse también el recurso haciéndolo recaer sobre un adicional al impuesto a los réditos. Tampoco la Cámara se atrevió a afrontar, acaso por la sorpresa que producía la innovación que yo proponía, y remitió a rentas generales la financiación de ese gasto.

En 1935 se sancionó la ley número 12.294, disponiendo la creación de dieciocho hospitales suburbanos y de doce sanatorios de llanura, montaña y mar, de tipo económico, para el tratamiento de enfermos tuberculosos, imputándose también a rentas generales los gastos de su financiación.

Sabemos, señores diputados, que rentas generales no admite ninguna imputación más. Y de ayer a hoy, desde mi exposición de ayer a la de ahora, se ha presentado un nuevo hecho: aparece en esta Cámara el proyecto de ley de presupuesto para el año próximo. Y viene con un déficit de más de 100.000.000 de pesos. Y yo me pregunto: ¿cómo se ha de enjugar ese déficit? Y si bien no me interesa, ni me preocupa, ni me aflige que los impuestos que van a ser necesarios crear para enjugar ese déficit, recaigan en los grupos pudientes, en los que tienen dinero abundante para rellenar ese déficit, en cambio me aflige la perspectiva de que nuevamente tengamos que recaer sobre los que trabajan, sobre los que tienen poco o nada, mediante ampliaciones de los impuestos sobre los consumos. Y es previendo la necesidad en que se va a encontrar el Congreso, de sancionar nuevos impuestos, que he encontrado inmediatamente la relación entre esa situación y el proyecto de colonización.

Porque si obrando con lógica, humana e inteligentemente, como lo hará, la Cámara trata de solventar ese déficit mediante impuestos que no podrán ser sobre el consumo, aumentando el impuesto a los réditos, se plantea esta cuestión en la que aparecerá el nexo lógico entre ambas cuestiones: el déficit y la ley de colonización.

—Ocupa la Presidencia, el señor vicepresidente 1º, don Carlos A. Pita.

Se aumentará el impuesto a los réditos. Espero que ese aumento se haga en forma progresiva, de manera que alcance a los que puedan cómodamente pagarlo. Se presentará el fenómeno que en economía política se conoce con el nombre de traslación y que consiste en lo siguiente: el legislador crea el impuesto; crea el contribuyente de jure, y el contribuyente, al que cree alcanzar el legislador, se descarga tranquilamente sobre otro contribuyente que el legislador no ha previsto ni quiere alcanzar, que es el contribuyente defacto. Eso es lo que encontramos en la mayor parte de los impuestos. Creamos los impuestos a los comerciantes, creemos alcanzar al comerciante exclusivamente, y éste, con vender más caro su mercadería, hace que el contribuyente que ha creado sea el que pague por él al Estado el impuesto sancionado.

En el caso del propietario de la tierra ocurre exactamente lo mismo. El legislador sanciona el impuesto que cree que ha de incidir exclusivamente sobre el propietario y éste con aumentar el precio del arrendamiento o con adoptar alguna medida dentro de los contratos de arrendamiento, crea el contribuyente defacto. A causa del déficit de este presupuesto que va a requerir aumentos de impuestos, vamos a crear otra vez dificultades al arrendatario que nosotros queremos instituir en propietario y vamos a disminuir nuevamente su pequeño poder económico.

Es por ello más que nunca necesario que insistamos en conocer la gravedad de la situación que se va a crear con este proyecto de ley; si ese proyecto no va tratando de eliminar las fallas que en la sesión de ayer hice notar.

Considero que es más que nunca necesario establecer el precio del arrendamiento. Sin ello las posibilidades de los arrendatarios para constituirse en propietarios, como esta ley generosamente quisiera obtenerlo, no se conseguirá de ninguna manera. Ya ha ocurrido algo semejante con los bonos de colonización, con los

que se quiso favorecer la adquisición de la tierra por los que la cultivaban; pero los únicos beneficiados por esos bonos fueron los propietarios. Con el aliciente del pago a plazos, se consiguió la elevación ficticia del valor de la tierra y conocemos personalmente varios chacareros cultivadores de tierra que la adquirieron en esa condición y después la han tenido que abandonar porque los bancos emisores de los títulos respectivos o los propietarios que se habían aprovechado de esas facilidades les embargaban hasta las herramientas y los caballos. Lo mismo está pasando con los préstamos de los bancos, sobre todo del Banco de la Nación. El préstamo debe hacerse al cultivador de la tierra, no al propietario de la misma cuando éste es el gran propietario.

Esto está ocurriendo en nuestro país y no siempre aflora lo suficientemente para que sea visible por todos nosotros. Es la eterna lucha entre el que trabaja y el que no trabaja, entre el poseedor de la tierra que disfruta de su renta y el que la trabaja. Es la lucha que viene de mucho antes, y sin querer hacer crudición, pero sí una breve alusión, diré que es la misma lucha que viene de milenios, es la misma lucha entre los eupátridas y le demos, entre los patricios y los plebeyos, que era una lucha por la conquista del suelo para trabajarlo; entre los señores feudales y los labriegos, cuya humillación era tan grande que tenían que someterse a la ley de la pernada. Es la lucha que más adelante se ha seguido manteniendo entre lo que se puede llamar burgueses y proletarios; y en este país esta lucha es permanente y lo será mientras el Congreso no vaya, con leyes previsoras, a modificar esta situación.

Temo que este generoso propósito que se ha querido reducir a fórmulas en este proyecto no dé los resultados que se desea sinceramente, ha de fracasar; y no ha de dar mas resultado que la creación de un organismo burocrático más. Y debe ser consigna del Congreso crear más clases medias. En eso estará la salvación del país, la paz social, que ha querido el preámbulo de nuestra Constitución, y en eso estará la seguridad contra todo extremismo de derecha o de izquierda.

Si el Congreso se fija como norma el crear siempre más clases medias, habrá hecho gran obra social. Dentro de ese propósito caben infinitud de iniciativas, todas destinadas al mismo objeto; pero para eso es necesario abordar de una vez por todas el problema de evitar que haya demasiado grandes poderosos frente a

grandes pobres, porque como ha dicho Rousseau, el tráfico de la libertad se hace entre ellos, entre los más ricos y los más pobres: unos la compran y otros la venden.

Cuando llegue la discusión en particular, me he de ocupar de los distintos detalles. Entretanto, creo prudente que una vez sancionado el despacho en general vuelva por una quincena —tiempo suficientemente amplio— a la comisión respectiva para que halle la forma de encastrar dentro del marco del proyecto, dentro de su estructura, las distintas observaciones fundamentales ya formuladas. Si no nos decidimos a salir de los buenos deseos para ir a los hechos positivos, si no afrontamos la realidad, engancharemos al país a nuestra indecisión. No nos engañemos, entonces. Abandonemos la consideración de este proyecto, doblemos la hoja, y confesando que no queremos hacer sino empedrar con discursos y proyectos el camino del desengaño, cerremos esta alambicada construcción vacía de practicidad, y vayamos a otra cosa.

Nada más. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Amadeo y Videla (h.). — Pido la palabra.

Me toca intervenir en este debate a una altura que me obliga a ser breve y a traer a él lo que entiendo sea complementario de lo que se ha dicho y también lo que pueda servir para la mejor interpretación y aplicación de esta importante ley.

Como son tantos los señores diputados que han hecho uso de la palabra, hubicra preferido no hacerlo, a no mediar la circunstancia de que como miembro de la Comisión de Legislación Agraria he colaborado en la redacción del despacho.

En los discursos ya pronunciados se ha hecho una enumeración prolija de todas las iniciativas habidas en el país sobre colonización. Se ha citado abundante legislación comparada y se ha debatido el problema desde muy variados puntos de vista, habiéndose referido los señores diputados ampliamente a múltiples aspectos generales de la cuestión.

Ha quedado también demostrado que el país entero reclama esta ley. La opinión de la prensa, de los órganos importantes de la Capital, así como también de los más modestos diarios de nuestro interior, han comentado permanentemente durante estos últimos tiempos en forma elogiosa las iniciativas de esta especie y la necesidad que el país tiene de contar con una ley de estas características.

Yo debo decir que tratar hoy esta ley es un grande honor para los que participamos en este debate.

Al intervenir en esta discusión, le de expresar lo que pienso sobre colonización. Deseo referirme a ello en la forma más clara posible y enfocando el problema sin desviarme a temas que no corresponden y procurando con ello el mayor sentido práctico en mi exposición.

La ley que discutimos debe tener, como ya lo han dicho otros señores diputados, los tres elementos básicos: el hombre, la tierra y su régimen financiero. El despacho de la Comisión de Legislación Agraria los contempla amplia y satisfactoriamente. Cualquiera de esos tres elementos que fallen en un intento de colonización, la hará fracasar.

Haré un breve estudio de estos elementos.

Con respecto al hombre, debe ser el mejor, el más capacitado por sus costumbres, por su vida anterior, por su experiencia y por sus conocimientos. Esto lo contempla bien el proyecto.

Respecto a su capacidad técnica, a los conocimientos teóricoprácticos que lo especialicen, llegamos al tema de la enseñanza agrícola. Si bien esta ley contempla el aspecto del perfeccionamiento rural, debe llegar a la colonización, como a todas las demás ramas de las actividades agrarias, la influencia benéfica de la enseñanza agrícola, pero organizada y perfeccionando esta última tal como el país la necesita con su ley especial en un todo orgánico.

El problema de la enseñanza agrícola no puede dejar de ser un todo orgánico, como lo he dicho, con sus directivas generales técnicas y económicas, todo lo cual es algo mucho más serio de lo que pudiera parecer a primera vista. Y con respecto a esto diré que hasta ahora ha pasado con la enseñanza agrícola, algo muy parecido que lo acontecido con la colonización. Han existido muchas iniciativas, tanto en forma de proyectos de ley como estudios para su reorganización, pero estamos hoy lamentablemente como al principio. En treinta años no hemos aumentado casi el número de nuestros establecimientos de enseñanza. Sus métodos no son los apropiados; sus equipos y elementos antinómico ausente de su enseñanza y sus egresados, en la mayor parte de los casos sin el prestigio que sus diplomas deben representarles.

—Ocupa su asiento, el señor ministro de Agricultura, ingeniero don José Padilla.

Quiero que estas palabras no se interpreten como crítica a funcionarios anteriores a los actuales. Somos todos culpables de esta situación, porque siempre la hemos echado en olvido. Me ocuparé muy pronto en esta Cámara de este trascendental asunto, porque entiendo que los intereses del país y de nuestra producción así lo reclaman.

Con respecto al otro elemento, la tierra, voy a referirme sólo a su calidad, entendiendo por esto la productividad de ella en relación al destino que se resuelva darle.

La tierra colonizable debe responder a un índice de productividad mínimo, debajo del cual no se deberá hacer colonización. No me refiero a la calidad que rige su precio, sino a su condición de responder a la explotación a que se quiera someterla. Cuidando este aspecto en su elección con respecto al destino de las tierras, se habrá ganado mucho desde el punto de vista del éxito de un plan de colonización.

El medio por el cual se dispone de la tierra en este plan de colonización, es el derecho de propiedad. No voy a fatigar a la Cámara haciendo un análisis filosófico del derecho de propiedad; pero quiero destacar su extraordinaria influencia psicológica sobre el individuo al vincularlo definitivamente a la tierra que se le otorga por toda su vida y por la prolongación de ella misma a través de sus descendientes, por medio de la sucesión. Esta fuerza, este supremo estímulo será el nervio vivificador de la marcha y del resultado de la colonización que vamos a sancionar.

Con respecto al plan financiero y económico, he hecho algunos cálculos que no voy a leer a la Honorable Cámara para no fatigarla. Pero partiendo de la base de los \$ 30.000.000 m/n. que la ley presupone en su inversión, más el régimen financiero que crea, se llegaría, a través de aproximadamente siete años, a radicar en el país alrededor de 15.000 propietarios.

Tanto con las tierras que se adquieran con los fondos previstos en esta financiación, como con las tierras que el instituto pueda adquirir de los institutos oficiales de crédito, para lo cual no deberán emplear evidentemente capital, sino las facilidades que esta ley le proporciona. Para ello no habrá que atender sino un cierto servicio, porque gran parte de él saldría de lo que a su vez se cobraría a los agricultores a quienes se les vendiera. También está comprendida en este cálculo la colonización que se podría hacer con la tierra pública de actual propiedad del Estado.

Serían 15.000 propietarios en un plazo relativamente breve. Si observamos que contamos ahora con 164.000 explotaciones agrarias trabajadas por sus propietarios, y 197.000 por arrendatarios, —cifras que da el censo agropecuario del año 1937— fácil es apreciar cómo incidirá en la alteración de esta proporción este importante aporte de propietarios, máxime si tenemos en cuenta que la mayor parte de ellos serán ex arrendatarios que por las facilidades de esta ley habrán dejado de serlo, modificando todavía más la proporción. Al correr, pues de los años, este fermento renovador que espero sancionemos hoy, ha de ir penetrando en lo íntimo de nuestra composición social dándole sin violencias la solidez que hoy buscan todos los pueblos civilizados sin excepción.

Al analizar estos cálculos es evidente que se comprueba que los fondos destinados a colonización, si se quiere que ésta dé resultados, no pueden estar sujetos al pago de intereses ni devolución proporcional, sino que deberán ser manejados por el consejo agrario sin esa condición, teniendo todas las posibilidades de acordar las facilidades que fueren menester en el pago de los servicios por los colonos en vías de hacerse propietarios y que fueren requeridas por causas de fuerza mayor, tales cosechas, baja extraordinaria de precios de los productos, etcétera, estribando en esta posibilidad uno de los factores que más harían por el éxito del sistema; y aquí, en este aspecto, radica la gran diferencia que puede existir entre la colonización oficial y la colonización privada, que no sólo busca el lucro en su finalidad general, sino que no puede disponer con la liberalidad con que pueden disponer estos institutos, como los que estamos por crear, con respecto a las facilidades y a la elasticidad que a los colonos y a los agricultores hay que darles a través del tiempo: también deberá quedar a disposición del consejo para nuevas adquisiciones la recuperación del capital, el que mejor se logre, el que se vaya logrando, y así estará garantida la expansión de la colonización, aun cuando no se inviertan otros fondos adicionales. Podríamos decir que en un momento determinado el instituto de colonización tendrá sus fondos propios, que le darán una vida continuamente creciente, aun cuando no recibiere aportes en otro sentido. Yo no soy partidario de crear recursos especiales para esta ley.

Los recursos emanan en su origen, como lo establece su articulado, de las diferencias de cambio y de las rentas generales debiendo en

todos los casos recaer sus erogaciones, como es lógico, sobre la economía general del país, porque entiendo que esa economía los recupera y los recuperará en otros factores de mejoramiento general al cumplirse los fines de esta ley. El plan económico debe ser favorable y su cumplimiento por parte del colono, posible; me refiero a las facilidades y al tipo de los servicios que los colonos deban hacer. Pero doy más importancia a la facultad elástica de conceder prórrogas y esperas, que a un régimen demasiado bajo de pago de intereses y amortizaciones, que puede en un momento dado, por su misma facilidad, enervar al colono y no obligarlo al máximo de su producción. He querido destacar en qué forma es trascendental para esta ley un régimen económico y financiero apropiado; me voy a referir y quiero destacar el problema de producción que esta ley crea. A mi entender, es el siguiente. Si a los agricultores existentes se les agrega por virtud de esta ley un número crecido de nuevos agricultores extraídos, o de la población urbana de la República, o de aportes importantes de inmigración, es evidente que el tonelaje de nuestra producción agrícola crecerá en esa proporción. Ello originará, seguramente, un serio problema de colocación de nuestros saldos, ya cada vez más difícil. Porque el acrecentamiento de sólo la población rural no puede hacer aumentar el consumo interno en la proporción necesaria para absorber su propia producción. Es, pues, evidente, y el sentido común lo indica, sobre todo para los primeros tiempos de la aplicación de esta ley, que la política a seguir deba ser procurar convertir a nuestro actual arrendatario en propietario, lo que no haría variar grandemente el volumen del tonelaje de nuestra producción, sino que sólo variaría la forma de ser producida, es decir, aumentando la proporción de lo producido por propietarios. Es evidente que este aspecto que expongo no puede ser absoluto y que cuidando estas directivas generales puedan irse incorporando, también, a la vida rural argentina los hombres de los pueblos y ciudades, o los obreros rurales capacitados y no chacareros, así como también los extranjeros, favoreciendo la inmigración de núcleos sanos, que irán así acreciendo la población de nuestros campos y aumentando gradualmente la población argentina, desconcentrando también algo de la población de nuestro territorio. Este es el aspecto poblador de la ley, el que hará evidentemente acrecer con el tiempo el número de habitantes del país.

El problema de la producción es éste: esta-

mos dentro de la superproducción de trigo, de arroz, de yerba mate, de azúcar, etcétera; pero quiero dejar claramente explicado que no lo agravará la colonización que tenga el sentido que acabo de expresar.

Llego, señor presidente, a una parte muy importante de mi exposición: me voy a referir al consejo agrario, a la entidad a cuyo cargo queda por esta ley la realización de sus fines. Considero que de los hombres que ocupen los puestos del consejo agrario, de acuerdo a su capacidad y su conocimiento de las condiciones generales de nuestro país y de las modalidades de nuestra producción agropecuaria, dependerá el éxito o el fracaso de esta ley. No será la falta de un artículo o una redacción diferente la que pueda restarle eficacia, siempre que se conserve el espíritu. Y en esto coincido exactamente con lo que ayer decía en esta Cámara el señor diputado Dickmann: es el espíritu de esta ley al ponerse en marcha lo que producirá sus grandes efectos. El espíritu de esta ley, la intención que se tiene al sancionarla, es arraigar por medio de la propiedad el hombre a la tierra, el mejor hombre a la mejor tierra, en el menor tiempo y en el mayor número posible.

Voy a leer unos párrafos muy interesantes, con los que estoy completamente de acuerdo, pertenecientes a una carta dirigida hace poco al doctor Lorenzo Amaya, presidente de las asociaciones rurales de la Patagonia, por el distinguido e inteligente embajador argentino en Francia y ex ministro de Agricultura, doctor Miguel Angel Cárcano, que dicen: «La ley de colonización tiene que ser una ley simple, general, que se pueda adoptar a las circunstancias y regiones sin aplicar doctrinas ni descubrimientos nuevos ni fórmulas que compliquen y perturben la acción eficaz. Veinte siglos de vida social acreditan la institución. Nuestra magnífica historia económica afirmada por el Código Civil, revela el éxito de la propiedad en nuestro país. La gangrena es el arrendamiento, lo practique el individuo o el Estado. El arrendamiento es la inseguridad, la dependencia y el continuo huésped errante y extraño en su propia casa. Propiedad lisa y llana, clara y simple: he ahí la fórmula. Una ley de colonización se podría redactar con un solo artículo; todo lo demás es literatura».

Con respecto a la primera parte de esas interesantes ideas, y sobre el arrendamiento, voy a aludir a una referencia que hizo el distinguido diputado Guillot de la conocida frase de un economista que el señor ministro de Agri-

cultura recordó en esta Cámara: «dad un erial a un propietario y lo convertirá en un vergel; dad un vergel a un arrendatario y lo convertirá en un erial». El doctor Guillot nos preguntaba: ¿es que acaso son eriales las chacras de los arrendatarios de la zona fértil de nuestro país? Yo diría amablemente al distinguido colega: pero es que tampoco son vergeles.

Continúo el plan de mi exposición. Las disposiciones de esta ley cubrirían de una manera general el territorio de la Nación. Pero ese territorio es un muestrario geográfico, variado, diferente, en cuanto a suelo, clima y posibilidades económicas y sociales. En este carácter general de la ley, en estas variantes extraordinarias de nuestro territorio está la mayor dificultad y la difícil condición que hará recaer sobre los hombres que ocupen los puestos directivos grandes responsabilidades. En efecto, tendrán bajo su mirada el mapa geográfico de nuestra patria, serán los encargados de poner en ejecución la ley y tendrán la obligación de no equivocarse al elegir tierras y al elegir los hombres a quienes se las entreguen y al preparar el régimen de su producción.

El régimen de su producción es un factor importantísimo y decisivo en el aspecto de la colonización. Y recuerdo algo muy interesante que decía también el señor diputado Dickmann con respecto a la idea de traer núcleos de extranjeros y radicarlos en pequeñas parcelas para que pudieran casi producir para su propio consumo. Es una idea muy interesante, que considero podría ser un gran ideal de la colonización; pero es evidente que el problema de ese tipo de colonización reside en preparar el régimen de la producción, es decir cómo y con qué podrán resolverse las necesidades de estos colonos de acuerdo a la producción que extraigan de la tierra que cultiven.

Por esta ley el consejo tendrá amplia libertad de acción en tal sentido, tendrá grandes facultades. Eso es indispensable. El consejo deberá resolver si comienza por radicar el arrendatario en las buenas tierras, como parecería lógico, o que su esfuerzo debe tender a la colonización de tierras lejanas e incultas y de explotación aleatoria e incierta, creando nuevas poblaciones agrícolas. Debe resolver si lo importante es colonizar con habitantes de nuestro país o dirigir las miradas a la inmigración.

¿Cuántos errores pueden cometerse en estas decisiones? El consejo tendrá a su cargo el desarrollo del plan económico de esta ley y teniendo en cuenta que su fin es hacer propietarios, aun a largos años, ¿hasta dónde deberá

acordar franquicias y prórrogas por malas cosechas y razones de fuerza mayor, sin comprometer la organización financiera y el éxito de esta ley?

Graves problemas son éstos que el consejo tiene que resolver con gran autonomía, pero no con menor responsabilidad. Todo el articulado de esta ley marca directivas. Yo podría decir que deja por no ser posible otra cosa, una tan gran autonomía al consejo agrario, que puede resumirse sus funciones en estas palabras: el consejo agrario tiene por función radicar el hombre a la tierra, poblar el país haciendo el mayor número de propietarios rurales en el menor tiempo posible, sin herir intereses legítimos, empleando los medios que esta ley le da a tal fin.

Al destacar la enorme responsabilidad del consejo agrario, quiero que estas palabras mías puedan servir como un llamado a la prudencia y a la seria reflexión a aquellos que integraran en el futuro el consejo agrario, pero no porque no les suponga eficiencia ni capacidad, sino porque entiendo que a pesar de ellas, en pocos organismo como en éste se necesitará emplearlas en tan gran proporción.

No podría terminar mi exposición, en mi carácter de diputado por la provincia de Buenos Aires, sin referirme a la obra colonizadora emprendida bajo el actual gobierno del doctor Manuel A. Fresco. La colonización hecha en la provincia de Buenos Aires honra la gestión administrativa del gobernador Fresco y prestigia su gobierno.

Sr. Castex. — Será el único prestigio que pueda tener.

Sr. Amadeo y Videla (h.). — Esa es una opinión personal del señor diputado.

Sr. Castex. — Muy compartíla en el país.

Sr. Presidente (Pita). — Ruego a los señores diputados se sirvan no interrumpir al señor diputado que está en el uso de la palabra.

Sr. Cisneros. — Es una opinión de todo el país, señor diputado.

Sr. Schoo Lastra. — En el asunto que se trata, entiendo que sólo caben juicios sobre la colonización. Y de eso se trata.

Sr. Osoreo Soler. — No se trata de ir a cantar una misa de cuerpo presente al gobierno de la provincia de Buenos Aires.

Sr. Amadeo y Videla (h.). — Si se coloniza en la República, se tendrá que seguir ese ejemplo.

Sr. Osoreo Soler. — En el cúmulo de errores...

—Varios señores diputados hablan simultáneamente, y suena la campana de orden.

Sr. Presidente (Pita). — La Presidencia solicita de los señores diputados, se sirvan no interrumpir al orador.

Sr. Amadeo y Videla (h.). — Una promesa formal, siendo candidato a gobernador, fué convertida en realidad en cuanto ocupó el gobierno.

Necesito, no con prurito político, sino para referirme al problema de que estamos tratando hoy, que es el de la colonización nacional, referirme a esta organización colonizadora en la provincia, porque ha hecho intervenir en ella todos los elementos fundamentales que hoy queremos que constituyan la base de la ley que estamos actualmente discutiendo.

El gobierno de Buenos Aires al sancionar su ley número 4.418, creando el instituto autárquico de colonización y respaldándolo con 20.000.000 de pesos en títulos y designando a hombres capacitados para presidirlo y constituirlo, ha puesto en marcha un organismo importantísimo y eficaz que irá acrecentando en esa provincia la obra que buscamos en este debate para la Nación.

El Instituto Colonizador de Buenos Aires, desde el 22 de agosto de 1937 hasta la fecha, ha creado y habilitado cinco colonias con una superficie de 62.349 hectáreas, con una inversión de \$ 14.441.227, hecho que por su importancia y trascendencia merece la atención del país entero y debe ser tenido muy en cuenta por los estudiosos y especialistas en nuestros problemas agrarios. Han sido incorporadas así a la actividad productiva agrícola, ganadera y frutícola de la provincia, 65.000 hectáreas de excelente campo, situadas en zona cuyo progreso retardaba hasta ahora el latifundio y en las que vivían menos de 400 personas. Hoy, esas mismas tierras fraccionadas, hacen fructificar su esfuerzo a varios millares de trabajadores argentinos que las han adquirido en propiedad a precios reducidos.

Sr. Cooke. — ¿Me permite una interrupción el señor diputado?

Sr. Amadeo y Videla (h.). — ¿Cómo no!

Sr. Cooke. — ¿Cuántos son esos millares que están en esas tierras?

Sr. Amadeo y Videla (h.). — No podría precisar el dato, pero son muchos.

Sr. Cooke. — Bueno; yo le aseguro que no pasan de 220 ó 230 colonos.

Sr. Cisneros. — Y yo puedo agregar que las compras no han sido tan beneficiosas como afirma.

Sr. Amadeo y Videla (h.). — Haciendo un pequeño cálculo, los \$ 30.000.000 m/n. que in-

vertiría la Nación alcanzarían para adjudicar tierras a unos mil colonos solamente el primer año. Estoy dando números para que no se puedan hacer críticas que no tengan fundamento.

Sr. Schoo Lastra. — Las compras a que se ha referido el señor diputado, hechas por el Instituto Autárquico de Buenos Aires, son excelentes...

Sr. Medina. — Más afortunadas que en Entre Ríos.

Sr. Schoo Lastra. — ...importantes y hechas con toda seriedad. Una cantidad de campos ofrecidos han sido desechados por el instituto porque no reunían las condiciones que con tanta exigencia requiere el instituto de Buenos Aires. No quiero interrumpir más al orador, pero es de interés que el señor diputado después de esta exposición, concrete la apreciación que a él le merecen las compras hechas en tierras por el instituto de Buenos Aires.

Sr. Cisneros. — Llegará el momento de concretarla, porque lo que menos pensábamos, es que se aprovechara de un debate de colonización general para introducir más o menos de sorpresa un elogio.

Sr. Labayen. — Este es un antecedente argentino aprovechable. Los señores diputados traen los antecedentes de Francia, Canadá y Estados Unidos y cuando tenemos en la provincia de Buenos Aires un antecedente para estudiarlo, ¿lo vamos a desechar por razones políticas?

Sr. Cisneros. — Ponga el señor diputado esas energías para otras cosas; para defender las libertades políticas de la provincia.

Sr. Labayen. — Las defiende mejor que el señor diputado.

Sr. Cisneros. — No las defiende.

Sr. Labayen. — ¡Qué no las voy a defender!

—Suenan la campana de orden.

Sr. Presidente (Pita). — Ruego al señor diputado por Buenos Aires que no admita más interrupciones, porque la Presidencia no las permitirá.

Sr. Amadeo y Videla (h.). — No las voy a admitir.

Me explicaría que hubiera alguna molestia para los señores diputados si yo hubiera criticado a gobiernos anteriores que no hicieron obra colonizadora; pero ni siquiera los he mencionado. Estoy trayendo un elemento de juicio que ciego habría que ser para no contemplarlo

en este momento y no sería completa una exposición sobre colonización argentina si no se mencionara el intento más importante de colonización que se ha hecho hasta la fecha en el país. Y yo reclamo el honor de decir que ha sido hecho por gobernantes surgidos de las filas del Partido Demócrata Nacional. (*Muy bien!*)

Sr. Irigoyen. — Si el señor diputado me permite...

Hay una ley anterior a la de la provincia de Buenos Aires, cuya mención también cabría.

—Suenan la campanilla indicadora de haber vencido el término reglamentario otorgado al orador.

Sr. Amadeo y Videla (h.). — Estoy hablando en nombre del bloque.

Sr. Presidente (Pita). — Puede continuar el señor diputado.

Sr. Amadeo y Videla (h.). — La obra colonizadora de la provincia ha sido emprendida con el criterio de que no basta adjudicar las tierras en condiciones liberales y seleccionar los colonos para que éstos y sus familias arraiguen en el campo.

En Buenos Aires el colono adquiere su lote en propiedad y lo paga al Estado en cuotas de 3 % de interés y 3 % de amortización acumulativa. La facilidad es extraordinaria dada la calidad de las tierras y su situación privilegiada. En cuanto a la selección del colono se ha hecho mediante un concurso que sólo permite acordar la propiedad a los que acrediten capacidad suficiente para conducir con eficacia su explotación. Pero como queda dicho, ello no basta; hay que crear también simultáneamente el ambiente propicio para que esas nuevas poblaciones gocen allí, en el mayor grado posible, de los beneficios inmediatos de la civilización...

Sr. Cooke. — Y de la libertad electoral.

Sr. Amadeo y Videla (h.). ... de la cultura y de la organización económica y social. En este sentido la acción del instituto bonaerense indica excelentes rumbos en la obra de colonización que el país reclama.

Además de los créditos para la adquisición de bolsas, de semillas, y de los seguros para los saldos hipotecarios que lleva a cada adjudicatario la seguridad de que su esfuerzo no se perderá, los servicios colectivos están organizados. En las colonias se han traducido en 300 kilómetros de caminos arreglados o pavimentados, 60 puentes y alcantarillas construídas por los mis-

mos consorcios de agricultores: desagües, bañaderos, corrales, tinglados para depósitos de maquinarias y cereales, salas de primeros auxilios, asistencia médica, escuelas, museos agrícolas, escuelas rurales, clubs deportivos, boletín de difusión de conocimientos útiles, construcción de viviendas rurales apropiadas, parques y recreos; servicios de reproductores equinos, bovinos y ovinos; estaciones agrícolas experimentales; constitución de cooperativas internas de consumo para la adquisición de bolsas y venta de la producción rural.

Como podrá apreciarse, se ha contemplado la obra social y el mejoramiento del standard de vida del agricultor argentino.

El señor diputado Repetto, en la exposición interesante y amplia que hizo en esta Cámara, se refirió a algo que es muy razonable, a la adversión que los hijos de colonos puedan sentir en un momento dado por la condición difícil de su vida y su poco confort, comparada con las condiciones de vida en otros medios y poblaciones, mejores bajo muchos aspectos. Este mejoramiento en la comodidad, en la elevación del *standard* de vida, se realiza en el plan de colonización de Buenos Aires —que yo anhele sea igual en el orden nacional— que tiende a eliminar ese mal muy bien apuntado por el señor diputado Repetto.

Sr. Repetto. — Si el señor diputado me permite...

Ya que ha tenido la gentileza de hacer una referencia a mis palabras, ahora, en compensación, lo voy a molestar haciéndole una pregunta: ¿podría decirme el señor diputado a cuánto asciende el precio de compra, por hectárea, de las tierras, a cuánto se han vendido y para qué fines se aplican esas tierras?

Sr. Amadeo y Videla (h.). — Le voy a informar al señor diputado con los datos que tengo.

Sr. Repetto. — El precio medio de adquisición sería de 225 pesos la hectárea.

Sr. Amadeo y Videla (h.). — Según el cálculo que he hecho, término medio, la tierra ha sido comprada a razón de 230 pesos por hectárea. Según un llamado a la adjudicación de lotes que tengo en mi banca, se establece que los servicios anuales son: en El Fortín, de 7 a 11,90 la hectárea, y en Silalejos, de 6,50 a 13,50 pesos la hectárea, precio término medio más bajos que los arrendamientos de la zona.

Sr. Repetto. — Ese es el servicio a cargo del comprador, que no paga sino la mitad del interés.

Sr. Amadeo y Videla (h.). — No, señor diputado; estos datos se refieren al servicio en que está incluido el valor total de la adquisición de la tierra y mejoras. En esta forma, sin precisar el detalle, he podido contestar la pregunta del señor diputado. He citado este plan colonización, por considerarlo indispensable.

Yo no he querido, entrando a la consideración del problema en general, como lo habrán podido comprender los señores diputados, hacer una defensa del despacho de la comisión, sino hacer una defensa de la ley en sí de colonización, porque entiendo que ella no es necesaria, pues la opinión pública ya está definida. Podrá haber algunas interpretaciones en distinto sentido, pero este aspecto no es necesario destacar. Me he concretado a analizar los factores que intervienen en todo buen intento de colonización y a subrayar la importancia práctica de ciertos aspectos del problema. Es por ello que no me he referido ni me voy a referir a ningún detalle de su articulado, todo lo cual evidentemente queda para el momento de la discusión en particular.

Ahora me voy a referir al aspecto político de este debate.

El partido que represento ve en esta ley un elemento indispensable para el progreso de nuestro país. Los miembros del Partido Demócrata Nacional que componemos la Comisión de Legislación Agraria, hemos prestado a este despacho nuestra preferente atención. Hemos intervenido en la redacción del anteproyecto con el noble anhelo de servir los intereses generales de la Nación.

Este despacho también ha sido subscripto por todos sus miembros, de los distintos sectores. Esta ley será sancionada con nuestro voto y nos encontrará coincidiendo, como tantas otras veces, en lo que a cuestiones sociales se refiere, con representantes no sólo del sector del centro, sino también con los representantes del Partido Socialista.

Para terminar, quiero creer que la sanción de esta ley marca una etapa clara y definitiva en el régimen de la economía de la Nación, en su vida agraria y social, y que ella, en el transcurso de los años a venir, aplicada con el patriotismo y la inteligencia de que somos capaces los argentinos, ha de engrandecer a la Nación, dándole cimientos sociales y económicos cada vez más sólidos en los que pueda apoyarse con confianza el futuro grande de nuestra patria.

Nada más. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Presidente (Pita). — Correspondería que hiciera uso de la palabra el señor diputado por Entre Ríos, pero la ha solicitado para una breve aclaración, el señor diputado por la Capital, doctor Repetto, quien podrá hacer uso de la palabra si lo permite el señor diputado.

Sr. Labayen. — Con mucho agrado.

Sr. Repetto. — Se trata de un error que ha aparecido en la versión taquigráfica de la reunión de ayer, que interesa rectificar tanto al señor diputado Dickmann, ahora ausente, como a mí.

En la sesión de ayer el señor diputado Dickmann, así al pasar y recogiendo una insinuación que yo hice en voz baja, dijo que en este país la proporción de vacas con respecto a los hombres era de diez por uno.

En realidad, se trata de un *lapsus* que me veo obligado a rectificar, porque he sido yo quien le sugirió el dato.

De lo que se trata, señores diputados, es de lo siguiente: De una información tomada del Anuario Agropecuario Argentino del año 1935, resulta que nuestro país sería el que posee el mayor número de vacas por habitante. La Argentina tiene casi tres vacas por habitante, el Brasil sólo una, Estados Unidos, media vaca, Méjico, tres cuartos, Alemania, un tercio, Francia, un tercio, Gran Bretaña, un quinto, Polonia, un tercio, Rumania, un quinto, Rusia, un séptimo. Hay solamente tres países en el mundo que tienen por habitante un número de vacas mayor que el que posee la Argentina. Son el Uruguay, con tres y media vacas por habitante, Australia, con dos vacas por habitante, y Nueva Zelandia, con dos vacas y media por habitante. Hago notar que estos tres últimos países son principalmente pastoriles, porque Uruguay, tiene en la pequeña extensión de su territorio veinte millones de ovejas; Australia, tiene 111 millones de ovejas y Nueva Zelandia, 28 millones.

Estos son los datos que yo di rápidamente al señor diputado Dickmann, quien al tomar algunos y ofrecerlos a la Cámara, lo hizo cometiendo el *lapsus* que dió lugar a este dato con signado en el Diario de Sesiones, y que yo quiero rectificar.

Sr. Labayen. — Pido la palabra.

No sé, señor presidente, si en este debate hace falta otro discurso. Creo que sobra. Se ha dicho sobre esta materia todo lo que podía decirse, y me parece que el debate va a terminar por consunción. Quizá me toque a mí echar el responso. (*Risas.*)

De todos los sectores se han emitido opiniones favorables al despacho, y no todas las opiniones han coincidido en el punto de partida. Hemos visto cosas extraordinarias. Hemos visto a los señores diputados socialistas rectificando —y lo celebro jubilosamente— su vieja ortodoxia doctrinaria, al aceptar que en materia de propiedad rural la pequeña propiedad no debe estar socializada.

En cambio, hemos visto al Partido Radical en otra posición, aunque no a todos sus componentes, porque parece que la doctrina de ese partido todavía no es conocida por todos los miembros que lo constituyen. Ya una vez oí en este recinto al mismo mentor de la doctrina política, al distinguido diputado Anastasi, referirse a algunos aspectos de esa doctrina política votada hace apenas un par de años o menos. Era aclaratorio porque no coincidían las opiniones de todo el sector. Y ahora, como el señor diputado por la Capital doctor Guillot no coincidía con la opinión del diputado Horne por Entre Ríos, ha sido menester que otra vez el mentor de la doctrina del Partido Radical esclareciera —utilizando otra vez las palabras «ortodoxia partidaria»— que los principios contenidos en la actual carta orgánica del partido iban hacia la socialización de la tierra.

El debate ha sido, pues, muy interesante en este aspecto: ha servido para colocar a dos grupos políticos en una posición que para mí ha resultado inesperada.

Pero yo hablo, no para hacer la crítica a estas situaciones, sino porque he firmado el despacho, y por cierto que mi firma no tiene el sentido que se ha dado al despacho en otros sectores.

Coincidimos todos en este despacho. ¡Caso curioso! Todos coincidimos en la necesidad de dictar la ley de colonización, y todos por razones distintas. En la Comisión de Legislación Agraria, donde tienen representación todos los grupos que constituyen la Cámara, hemos coincidido sin discrepancias y sin examen doctrinario de ninguna naturaleza. La discrepancia se ha producido en el recinto. Es discrepancia de recinto. Yo diría que es discrepancia de discursos, porque también a veces hay que pronunciar discursos que estén de acuerdo con la doctrina política que hemos sustentado durante toda nuestra vida y no podemos exhibirnos ante la opinión aceptando una ley apoyada en principios que niegan los que hemos sostenido permanentemente.

—Ocupa la Presidencia, el señor presidente de la Honorable Cámara, don Juan G. Kaiser.

He firmado este despacho y he de votarlo coincidiendo con los hombres de mi sector, y entendí hacerlo con todos los que constituyen la comisión, pero advierto que mis razones son distintas a las de casi todos los hombres que han firmado el despacho y distintas a las razones por las cuales lo apoyaron los señores diputados representantes de sectores que han hecho uso de la palabra.

Por ejemplo, en el artículo 1º, que es de definición, porque de ahí se parte, porque ahí se dice qué es la colonización que queremos emprender, a dónde vamos a llegar, sobre qué bases o en qué principios se apoya esa colonización, tuvimos —es exacto—, como lo dijo el señor miembro del sector radical, diputado Horne, tuvimos la primera discrepancia con su anteproyecto porque, por mucho que él lo crea, para mí la disposición que contiene el artículo 1º respecto a las limitaciones y restricciones a la propiedad que se determinan en la ley de acuerdo al interés colectivo, no es lo mismo que la que contenía el anteproyecto del señor diputado que sirvió de base al estudio de la comisión, y que decía que «la propiedad de la tierra quedaba afectada al interés social.»

Sr. Horne. — Dije que no era lo mismo.

Sr. Labayen. — Tengo aquí su discurso, y puedo leerle esa parte.

Sr. Horne. — Precisamente hice esa afirmación para destacar que el señor ministro de Agricultura, en su discurso de Belle Ville, había tomado como base del despacho el artículo de mi proyecto de despacho. El señor diputado discrepa con el señor ministro...

Sr. Labayen. — No me ponga frente al señor ministro, por quien tengo el mayor respeto.

Sr. Horne. — ... no obstante ser del mismo sector político...

Sr. Labayen. — Tenga la seguridad el señor diputado de que cuando discrepe con el señor ministro no me voy a quedar con mi discrepancia en silencio, porque soy un hombre de opinión y de responsabilidad. Yo vengo aquí a decir lo que pienso de los problemas políticos, económicos y sociales de mi país; y desearía que estuviera presente el señor diputado Damonte Taborda para que estableciéramos en esta oportunidad lo qué significa el Parlamento.

Yo entiendo al Parlamento como un recinto al que vienen representantes de todos los intereses políticos de la Nación a expresar, en

nombre de sus representados, su pensamiento y su opinión sobre los problemas públicos, y no a traernos aquí la opinión libresca, de cátedra, de liceo de otros países y de otros ambientes, que si puede ser muy interesante como base de conocimiento para los señores diputados, huelga por petulante en el recinto al tiempo de ser emitida una opinión. Es muy fácil exhibir una versación doctrinaria; con ir a cualquier biblioteca que tenga índices temáticos y pedir todo lo que se haya escrito sobre cualquier problema, y hasta habrá quien se preste para extractarlo, pero eso aquí no hace falta; aquí lo que hace falta es otra cosa: es acabar de una vez con las lecturas.

Sr. Cooke. — Imagine el desagrado con que lo estará escuchando el señor diputado Güiraldes, tan erudito y versado en los temas que aborda.

Sr. Labayen. — No me hable del señor diputado Güiraldes, por quien tengo profundo respeto. Sé cómo piensa en estos problemas...

Sr. Güiraldes (h.). — No cito a menudo autores.

Sr. Labayen. — ... y que no lee a menudo citas de autores.

Sr. Ravignani. — Será fácil leer a los autores: lo difícil es comprender la doctrina.

Sr. Labayen. — Yo creo que lo que hace falta, para terminar con las interminables discusiones, es poner en ejercicio el artículo del reglamento que prohíbe las lecturas; y habría que agregar una disposición para que nadie pueda citar una opinión de tercero extraño a la Cámara, sin pedir permiso previamente a ésta: Esos alardes de sabiduría son fastidiosos, y por regla general no sirven más que para ocultar la orfandad de personales opiniones de los señores diputados.

Sr. Anastasi. — El señor diputado está en plena beligerancia contra la cultura.

Sr. Labayen. — ¿Contra qué?

Sr. Anastasi. — Contra la cultura.

Sr. Labayen. — Está equivocado el señor diputado. Creo que el legislador debe ir a las bibliotecas a estudiar, aprender e informarse y, con los conocimientos adquiridos allí, salir a estudiar los problemas del país para luego traer conclusiones personales. Lo que hace falta es extraer opiniones personales con conocimiento de los fenómenos nuestros, y no venir a decir que Francia ha resuelto un problema de esta manera, o que Inglaterra lo ha resuelto de esta otra manera, que generalmente son extrañas a nuestro ambiente; por exceso de sabiduría damos soluciones semejantes a la de esos países,

y así son los rotundos fracasos a que se lleva al país.

Sr. Anastasi. — Es muy interesante señalar el horror por la información que siente el señor diputado.

Sr. Labayen. — Señáleme lo que quiera.

Sr. Anastasi. — Las opiniones personales son muchas veces refutables.

Sr. Presidente (Kaiser). — No tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Labayen. — Lo dejo al señor diputado, porque es seguramente quien ha sentido el impacto. En mí encontrará opiniones personales, porque me preocupo por conocer a mi país y tengo el orgullo de creer que lo conozco; y he de traer aquí las opiniones y las soluciones que convienen a los problemas de mi país, con prescindencia de todo criterio foráneo; que éste es un país que está ya en mayoría de edad, que no necesita andadores ni bastoneros, que este es el país mejor de todos y el más capaz de todos, y que en materia política puede señalar normas a todos los pueblos.

Sr. Cooke. — Como en la provincia de Buenos Aires.

Sr. Anastasi. — Agregue el fraude postal.

—Suena la campana de orden

Sr. Presidente (Kaiser). — El señor diputado por la Capital no tiene la palabra.

Sr. Anastasi. — Pero como el señor diputado se está refiriendo expresamente...

Sr. Labayen. — No me refiero expresamente a nadie. No he nombrado a nadie. Me he referido en general a los hombres de todos los sectores.

Sr. Ravignani. — Pero el señor diputado ha hecho envíos personales.

Sr. Cooke. — Ha nombrado a varios diputados y ha recibido la contestación de uno de ellos.

Sr. Labayen. — He nombrado al señor diputado Damonte Taborda, lamentando su ausencia, porque quería darle la definición y la opinión que tengo del Parlamento.

Sr. Cooke. — Ya estamos notificados con respecto a su opinión sobre el Parlamento y la cultura política de nuestro país. Se inspirará en el ejemplo de la provincia de Buenos Aires.

Sr. Pastor. — En los ejemplos de 1929, de Lincoln y Mendoza.

Sr. Castex. — Ya tendremos oportunidad de hablar sobre Lincoln.

Sr. Pastor. — Pronto tendremos que hablar.

—Suena la campana de orden.

Sr. Presidente (Kaiser). — Está en el uso de la palabra el señor diputado por Entre Ríos.

Sr. Labayen. — Bien, señor presidente; diré las palabras que necesito para justificar mi firma en el despacho.

Sr. Cooke. — Resulta esto una demostración palpable de la importancia de la cultura: cuando no se reconocen opiniones ajenas se recurre a desviar el debate cayendo en temas políticos.

—Suena la campana de orden

Sr. Labayen. — Me llama la atención la expresión tan áspera del señor diputado.

Sr. Cooke. — No es ni áspera ni melodramática.

Sr. Labayen. — Soy hombre de síntesis. Y si alguna vez me ha tocado hablar con extensión, ha sido en contra de mi deseo.

Sr. Presidente (Kaiser). — La Presidencia ruega al señor diputado que está en uso de la palabra que no acepte interrupciones.

Sr. Labayen. — Es que me placen. (*Risas.*) Continúo con esta exposición un tanto deshilvanada por la precipitación que tengo frente a la necesidad de contar los minutos.

Sr. Cooke. — Le vamos a votar la prórroga.

Sr. Labayen. — Debo decir que en este asunto discrepo fundamentalmente con las opiniones de algunos señores diputados en lo que respecta al concepto de interés social que según las nuevas doctrinas y las nuevas corrientes políticas se quiere acordar a la propiedad de la tierra. Sigo creyendo, porque creo en mi democracia, porque creo que la democracia se sustenta sobre el individualismo y las dos expresiones más típicas y fundamentales del individualismo son la libertad y la propiedad, sigo creyendo que cualquier disposición contenida en esta ley que signifique por lo menos poner en duda la seguridad del régimen de la propiedad privada, organizada por la Constitución de la Nación y por el Código Civil argentino es peligrosa y huelga en este proyecto, porque nada se opone a que dictemos esta ley sin un postulado de esa naturaleza.

Como el tiempo me urge quiero hacer de inmediato la defensa del colono. Esta ley está destinada a defenderlo y —cosa curiosa!— aquí nadie se ha acordado de los colonos, porque cuando se dice en el recinto de las leyes que cualquier hombre del país en aptitud de trabajar puede ser llevado a una parcela de tie-

rra para que la explote como colono, se afirma un absurdo, una herejía. Esta ley no la hemos proyectado para distribuir la tierra entre todos los que anden por el país sin ocupación; la hemos dictado para radicar como propietarios a los colonos arrendatarios, para arrancar del vasallaje del arrendamiento a los colonos que tiene el país, principalmente, y luego, de manera subsidiaria, para aumentar la población trayendo extranjeros capacitados para el cultivo de la tierra. La ley es expresa, y coincido en esto con el señor diputado del sector socialista doctor Repetto, que ha dicho que esta ley deberá comprender como primeros y únicos beneficiarios inmediatos a los actuales cultivadores del país que tienen la tierra en carácter de arrendatarios. Así y con ese alcance, lo he firmado yo.

Pero no quiero dejar en pie la afirmación del señor diputado Fassi, que fué quien nos trajo el dato de que había en el país dos millones de trabajadores ocupados en otros menesteres, que podrían ser beneficiarios de la distribución de la tierra. Un colono requiere como primera condición para serlo una aptitud orgánica y espiritual extraordinaria; debe estar en condiciones de desafiar la intemperie en invierno y en verano y debe encontrarse en condiciones de resolverse a vivir en el aislamiento triste y penoso de su rancho, que es como decir colocado fuera de la civilización y de la alegría que la civilización ha creado a la vida del hombre. Además, debe saber lo que es la tierra, cómo debe rascar su superficie para que pueda ser fecunda frente al grano que se tira, en qué forma, con qué profundidad, con qué elementos y en qué época; debe saber lo que es un caballo, saber ensillarlo y gobernarlo en el surco, debe saber como se le administra el gasto de sus energías, cómo se le descansa y cómo se le alimenta, debe saber curarlo y por lo tanto debe saber quererlo. Debe comprender y conocer lo que es un arado, cómo se manejan sus palancas, cómo se afilan sus rejas; debe comprender cómo se rastrea la tierra y cómo se echa la semilla, debe comprender cuándo está a punto de ser trillado el grano y comprender también cuáles son los enemigos de sus tareas: las malezas y las alimañas que frecuentemente acechan al trabajador del campo para destruir lo que acaba de hacer el día anterior.

Comprender todo esto que parece baladí y sencillo, no es fácil. Es tarea difícil y que requiere grandes sacrificios. Para ser colono en este país se requiere una mayor capacidad que para ser

amanuense, empleado de comercio o de la administración pública; requiere un mayor sacrificio que para ser chófer, carrero o vigilante; es necesaria una vocación personal muy superior que para ser médico, abogado o legislador de la Nación.

Hablar de que cualquiera puede ser colono en nuestro país es un absurdo. El colono no se improvisa y ya el país tiene el plantel que necesita y tanto lo tiene que la producción de este país sobrepasa no sólo las exigencias del mercado interno, sino también las posibilidades de colocación de nuestros productos en el mercado externo.

Sr. Fassi. — ¿Si me permite?

Sr. Labayen. — Sí, señor diputado.

Sr. Fassi. — Estamos perfectamente de acuerdo con el señor diputado, que para convertir al hombre de campo de nuestro país, que no tiene capacidad técnica, en colono propietario, es necesario proveerle al mismo tiempo que de los elementos necesarios para su trabajo, organizarlo mentalmente, pero eso es justamente lo que ha olvidado el despacho de la comisión.

Sr. Labayen. — Me supongo que la Presidencia me ha de descontar estos minutos.

Sr. Presidente (Kaiser). — No se los va a descontar, señor diputado.

Sr. Labayen. — Entonces le ruego al señor diputado me permita continuar la exposición.

Sr. Fassi. — Con estas pocas palabras quise recordar que ya he demostrado, aunque no supe enunciarlo con la misma galanura del señor diputado, que todas las tareas del campo requieren capacidad técnica.

Sr. Labayen. — Todos somos más o menos ilusos y creemos que convencemos a los demás. Eso es una fuerza. *(Risas.)*

Hay otro elemento, que ha sido mal tratado en el recinto, y no me explico por qué: es el del latifundio argentino. No voy a defender al latifundio como institución. ¿Qué esperanza! Pero le voy a rendir homenaje al latifundio argentino, que obligatoriamente ha constituido la organización rural del país, porque cuando nosotros tengamos 50.000.000 de habitantes, el latifundio desaparecerá virtualmente por sí solo.

Cuando teníamos 5.000.000, teníamos proporciones mayores de tierra en una sola mano, que hoy que contamos 13.000.000 de habitantes. El latifundio es una forma natural de distribución de la tierra en este país, que no ha perturbado hasta ahora, fundamentalmente a la economía y que, al contrario, en mi concepto, debe a ella su grandeza material.

No voy a defender el latifundio. ¿Qué lo voy a defender! Pero yo he dicho siempre que el latifundista de este país es la primer avanzada, el primer zonzo extraordinario con que ha contado para la conquista del campo, (*visas*), porque nuestros campos cubiertos de maleza y de maraña, cubiertos de selva, ha sido necesario, para colocarlos en condiciones de producir riqueza, que alguien viniera a ellos dispuesto a sacrificarle toda su existencia, todos sus recursos, para arrancarle el bosque y la maleza y concluir con la alimaña; defenderlo, ararlo, sembrarlo, en una palabra civilizar al campo. Y cuando un hombre ha llegado a esa situación, no se hace generalmente rico; aunque tenga grandes extensiones de tierra queda empobrecido. La tierra tiene en nuestro país un poder de atracción extraordinario. El hombre le ha devuelto a la tierra en mejoras tanto como la tierra misma le produce, porque empezó por despertarle su vanidad de dueño, que la quería superior y mejor que a todas las otras.

En nuestro país el latifundista es una institución, es un zonzo extraordinario al que en otras partes suele llamársele *pioneer* y se le rinden los homenajes de la gratitud pública. Yo aquí desde mi banca, sin ser latifundista y sin tener vinculaciones de ninguna naturaleza con ellos, declaro que me siento orgulloso de poder decir que a esos extraordinarios zonzos que tiene el país —que se llaman ahora, en la nueva doctrina más o menos demagógica, los latifundistas, que ni siquiera se llaman cultivadores extensivos— les rindo el tributo de mi admiración, porque mucha de la grandeza de nuestro país es la obra de ellos, aun la grandeza material, moral y espiritual, su orden y disciplina.

Y, ¿por qué nos alarmamos de ello? ¿Qué gravitación tiene un latifundista en el pesamiento de esta Cámara? ¿Constituye una clase que grava en las orientaciones políticas del país? Pero si es hasta una de las desgracias del latifundista de este país creer que es inelegante la función política y electoral y permanece así aislado del movimiento político de la República. No participa del movimiento político, lo cual nos permite a nosotros con toda tranquilidad y sin ninguna oposición —que no habría sido valedera— poder dictar una ley que significa una transformación en el régimen de distribución de la tierra en la República.

Se hablaba en la sesión de hoy de inexperiencia en materia de colonización. No me hago muchas ilusiones. Declaro que he firmado este despacho como un anhelo, como un deseo, como un ensayo, para que el país empiece a movilizar y a distribuir a los trabajadores la tierra de distinta manera; pero no me hago muchas ilusiones al respecto porque los ejemplos que tiene el país sobre colonización no autorizan a ello.

El señor diputado que me ha precedido en el uso de la palabra ha hecho el elogio de la ley de colonización de la provincia de Buenos Aires. Puede ser que haya dado algún resultado, pero creo que esa ley recién ahora empieza a marchar. Puedo decir que en la provincia de Entre Ríos la ley de colonización no ha tenido éxito, no porque no haya habido la mejor voluntad de quienes la han puesto en movimiento ni porque no haya habido la mejor inspiración, sino por la resistencia de los colonos mismos. De 36.000 hectáreas adquiridas por el gobierno de la provincia para ser parceladas y entregadas a los colonos, sólo el 42 ó 43 % ha podido ser colocado. Está sin colocar el 58 por ciento.

Sr. Horne. — No es exacto.

Sr. Labayen. — Tengo en mi banca una memoria que voy a leer y entregar a la Cámara para su publicación...

Sr. Horne. — En la actualidad están completas las colonias.

Sr. Labayen. —... firmada por el gobernador saliente, doctor Tibiletti en 1939 y que se refiere al ejercicio de 1938. En los cuadros referentes a la ley número 2.985 de transformación agraria, vemos que la tierra adquirida en la provincia de Entre Ríos con los títulos especiales importa la suma de \$ 4.288.762 m/n. El valor de los lotes adjudicados es de 2.706.000 pesos y el valor de los lotes a adjudicar \$ 2.282.693 m/n., es decir, que se han adjudicado menos de la mitad de los lotes disponibles.

Pido que se agregue este cuadro a esta altura de mi exposición, porque yo no expreso sino lo que dice él. Los otros dos cuadros, pido que se inserten en el Diario de Sesiones. (1)

(1) Véase páginas 595 y 596.

LEY NUMERO 2.985, TRANSFORMACION AGRARIA

Estado demostrativo de la colonización de la provincia de Entre Ríos, al 31 de diciembre de 1938

Colonia	Lotes vendidos	Colonos adjudicatarios	Cuota anual \$ m/n.	Recaudado en 1938 \$ m/n.	Recaudado hasta 1938 \$ m/n.
Nº 1 «M. M. Laurencena»	119	121	61.916,89	26.889,64	55.304,96
„ 2 «La Magdalena»	74	81	45.652,56	4.192,88	8.869,20
„ 3 «La Amalia»	7	7	4.868,32	1.422,14	1.422,14
„ 4 «L. L. Etchevehere» (1)	—	—	—	4.562,82	4.562,82
„ 5 «H. J. Quirós»	52	57	37.986,94	20.893,26	32.095,40
„ 6 «T. de Rocamora»	28	28	23.974,49	42.415,—	42.415,—
Totales	280	294	174.399,20	100.375,74	144.669,52

Colonia	Lotes para ventas con expedientes iniciados	Valor de los lotes para sus ventas \$ m/n.	Valor de los lotes adjudicados \$ m/n.	Valor de los lotes a adjudicar \$ m/n.
Nº 1 «M. M. Laurencena»	15	761.848,03	696.197,97	65.650,06
„ 2 «La Magdalena»	7	594.105,53	543.472,70	50.632,83
„ 3 «La Amalia»	29	283.266,66	55.829,31	227.437,35
„ 4 «L. L. Etchevehere» (1)	143	1.487.486,50	—	1.487.486,50
„ 5 «H. J. Quirós»	4	480.445,89	435.630,40	44.815,49
„ 6 «T. de Rocamora»	33	681.609,78	274.938,15	406.671,63
Totales	231	4.288.762,39	2.006.068,53	2.282.693,86

(1) No se consignan los datos, por empezarse recién las adjudicaciones en el año 1939.

Contaduría General, diciembre 31 de 1938.

Sr. Horne. — Si me permite el señor diputado una brevísima interrupción.

Esos datos corresponden al año 38, por cuanto la colonia más importante, la de Alcaraz, no pudo ser organizada en forma completa el año pasado; pero puedo asegurarle que en la actualidad llena todas las condiciones.

Sr. Labayen. — La verdad es otra. La tierra que adquirió el gobierno de Entre Ríos no la adquirió con el criterio del nuevo especulador de tierras, la adquirió sin poder apartarse — quizá porque el gobernador de aquel momento era un hombre gaucho — de la vieja orientación tradicional del país, del latifundista del país. Y compró tierra inapta para el cultivo inmediato. Eran tierras con caranday y con toda clase de malezas, que las hacían inapropiadas para ser utilizadas por los colonos. No hay ningún colono que se proponga trabajar en cien hectáreas de tierra si tiene que limpiarlas previamente de malezas, lo que reclama tiempo y dinero.

—Suena la campanilla que anuncia la expiración del término acordado al orador.

Sr. Presidente (Kaiser). — Ha terminado el tiempo reglamentario, pero el señor diputado puede solicitar una prórroga.

Sr. Labayen. — Solicito unos pocos minutos.

—Asentimiento general.

Sr. Presidente (Kaiser). — Puede continuar el señor diputado.

Sr. Labayen. — Decía que no hay un solo colono en el país que quiera tierras para convertirlas en productivas, y éste sería el mejor homenaje al maltratado latifundista. Solamente las tierras de los latifundistas son en este momento las más aptas y apetecibles para la división, porque han sido limpiadas de malezas, bosques y alimañas.

Si el gobierno de Entre Ríos cometió un error, espero que no lo repita el consejo agrario que con esta ley creamos, porque de esa manera tendrá paralizados millones de la Nación en la adquisición de tierras sin colocación e improductivas, y que en manos de particulares pueden ser de óptimos resultados. En Entre Ríos, la mitad de las 36.000 hectáreas no producen

absolutamente nada, porque no pueden ser destinadas a otro fin. En cambio, un solo campo de los adquiridos producía al patrimonio privado de su dueño más de cien mil pesos de cosecha.

Este es un ensayo, que he aceptado con ese criterio en la comisión, y lo he de aceptar en la Cámara, haciendo votos porque tenga el más brillante de los éxitos. Y aspiro a que el consejo agrario no desoiga las expresiones contenidas en los discursos que hemos oído.

Los primeros y yo diría los exclusivos beneficiarios de este momento, a quienes alcanzará esta primera partida con que se hace la financiación de la ley, deben ser los auténticos agricultores del país, que viven en el vasallaje del arrendamiento agrario. Si éste fuera el resultado de la ley, habría prestado ya un gran beneficio inmediato a la Nación. (*Muy bien! Muy bien! Aplausos.*)

Sr. López Merino. — Aunque me corresponde usar de la palabra, la cedo al señor diputado Horne, que quiere hacer una aclaración.

Sr. Horne. — Pido la palabra.

Al hacer la rectificación de los datos de la memoria, dije que en la actualidad no ocurre eso. Cuando se publicó la memoria, una de las colonias más importantes, la de Alcaraz que presenta 12.000 hectáreas, estaba en organización. Hoy puedo asegurar que todas las colonias de Entre Ríos están completas y que marchan perfectamente organizadas.

Otro punto que quiero aclarar, porque el señor diputado ha citado compras realizadas por el gobierno de Entre Ríos, se refería al gobernador gaucho de aquella provincia, doctor Etchevehere, quien habría comprado, no a precios de especulación, dada la baja en aquella época.

En Entre Ríos, de acuerdo a la ley agraria de 1934, la primera ley agraria dictada en el país, el gobierno no compra, sino el Consejo Agrario Provincial, en el cual tiene representación el gobierno, el Banco de Entre Ríos, las cooperativas y la propia Legislatura, en donde la oposición tiene sus representantes. En el primer Consejo Agrario Provincial actuaba como representante un distinguido legislador de la oposición, el diputado Ricciardi.

En consecuencia, la compra la ha realizado el Consejo Agrario Provincial. Puede haber ocurrido algún error en las compras, aunque no lo creo.

Sr. Labayen. — ¿No sabe el señor diputado que el campo que era de Pellegrini Parera y

familia está cubierto con caranday en más del 50 por ciento de su superficie?

Sr. Irigoyen. — No, señor diputado; no en esa proporción. Tiene bosques...

Sr. Labayen. — Si no es el 50 por ciento, es el 40 por ciento.

—El señor diputado Irigoyen pronuncia algunas palabras que no se alcanzan a percibir.

Sr. Labayen. — Si el señor diputado se siente molesto por la afirmación que hago, lo lamento. Ahora lo único que falta es que el consejo agrario nacional se haga cargo de esas tierras.

Sr. Horne. — He pedido la palabra, para aclararle al señor diputado, pero resulta ahora que el señor diputado es quien quiere hacer aclaraciones.

Estoy rectificando lo que él ha dicho y estoy diciendo con conocimiento perfecto de causa lo que ha ocurrido en Entre Ríos, porque me tocó a mí iniciar esa obra como ministro de Hacienda en aquella circunstancia.

La obra de Entre Ríos puedo asegurar que marcha perfectamente y es ejemplar en todos sus detalles. En la mayor parte de las colonias la demanda de tierras ha sido superior en tres veces a las disponibles, lo que demuestra la confianza en la organización existente, todo lo cual desmiente las manifestaciones del señor diputado.

Sr. López Merino. — Pido la palabra.

Está visto que el responso, como ha calificado a su propio discurso el señor diputado Labayen, no es la última de las ceremonias necrológicas. Por otra parte, no estamos asistiendo al sepelio de un proyecto, sino al alumbramiento de una de las leyes más patrióticas y más sanas que ha de sancionar este Parlamento. Por esto y con el objeto de recalcar un tópico que no ha sido lo suficientemente tratado durante la discusión, dejando de lado los aspectos jurídicos, económicos y sociales, que han sido considerados in extenso, con gran acopio de esa bendita erudición de la que se renegaba recién, voy a explicar las razones de mi voto favorable a este proyecto.

La Comisión de Legislación Agraria —que se ha hecho acreedora a la gratitud del país por el sentido de responsabilidad que tienen sus miembros representantes de todos los sectores políticos de esta Cámara, para afrontar la solución de problemas vitales para los intereses del país— no tiene la pretensión, como lo ha expresado la voz autorizada de señor diputado Repetto, de haber hecho una obra

perfecta. Este proyecto —así lo hemos entendido todos y con ese sentido lo vamos a votar— no es nada más que el punto de partida, el principio de experimentación necesaria, para que de la práctica puedan resultar todas las medidas necesarias para corregirla y hacerla eficiente.

Es un proyecto patriótico, señor presidente, un proyecto revolucionario, no revolucionario en el sentido de que incorpora a la legislación positiva novedades de lo que ha dado en llamarse, con razón, el nuevo derecho, sino revolucionario porque introduce en la práctica uno de los principios fundamentales y una de las razones de ser más importantes de la Revolución de Mayo. La Revolución no se hizo solamente para incorporar a nuestro país en el concierto de las naciones libres, como una entidad más. La Revolución se hizo para que la suma de los habitantes de esta tierra pudiera incorporarse, con todos los atributos políticos y económicos, al concierto de los hombres libres. Y en ese sentido, porque permitirá la liberación económica de muchos miles de argentinos, esta ley, completando la obra de Mayo, merece muy bien el nombre de revolucionaria.

Pero, señor presidente, no puede ser sino un principio de experimentación una ley que no contempla la situación de más de medio millón de argentinos nativos, de más de medio millón de argentinos que viven en el campo y que poseen todos los atributos de amor a la tierra y todas las condiciones técnicas de trabajo a que ha aludido el señor diputado Labayen, de más de medio millón de argentinos que, por la financiación de esta ley, no podrán jamás acercarse a la mesa de sus beneficios. Exige esta ley que el colono y el que pretenda serlo, contribuya con el adelanto del 10 % del valor del predio que ha de adquirir o que, siendo arrendatario, por carecer de aquel dinero reúna ciertas condiciones económicas, como son la posesión de todos los elementos de trabajo indispensables para labrar la tierra. Y yo recalco, señor presidente, que me ha causado admiración la visión clara del señor diputado Fassi, lamándose la atención que sea precisamente un hombre de gabinete, un hombre de la Capital, el que haya señalado primero, juntamente con el señor diputado Maino, el verdadero factor de ineficiencia de esta ley en su aspecto de solución integral del problema: el problema del argentino nativo. ¿Cómo se quiere, señor presidente, que el argentino nativo, que el criollo de nuestra tierra, pueda estar en condiciones de recibir los beneficios de esta ley, cuando está

viviendo en la situación explicada elocuentemente por el señor diputado Maino, de paria en su propia tierra? ¿Saben, acaso, los señores diputados cuánto gana un peón de campo? Gana 40 pesos o 50 pesos a lo sumo. Y cuando tiene un sueldo mayor, se le perjudica en otro sentido para que el patrón pueda nivelar ese desequilibrio aparente en sus finanzas.

El peón de campo debe ser soltero, porque no conviene a los intereses del patrón un peón casado, y aunque el patrón lo permitiera, ¿cómo puede casarse y mantener familia un hombre que gana 40, 50 ó 60 pesos mensuales? ¿Cómo puede practicar el hábito del ahorro, cómo puede realizar economías un hombre que no gana ni 500 pesos al año, cantidad inferior a la que consumen muchos ciudadanos de la Capital para satisfacer sus vicios de cigarrillos? El problema no se resolverá con esta ley, en su aspecto actual. Ya lo ha dicho el señor diputado Amadeo y Videla. Hay más de 170.000 arrendatarios —otra clase distinta a la de los peones de campo a que acabo de referirme— y calcula que en 7 años de vigencia de esta ley, solamente podrán beneficiarse 15.000. Quiere decir, que ni siquiera el 10 % de los actuales arrendatarios podrá incorporarse al régimen de beneficios de la ley de colonización, quedando excluido en absoluto aquel medio millón de argentinos nativos cuyos intereses, como legisladores de la Nación, tenemos obligación ineludible de contemplar, antes que los intereses de los extranjeros a quienes con tanto entusiasmo propician muchos traer a nuestra tierra. Primero resolvamos lo nuestro con los nuestros, y luego resolvamos los problemas de los demás, trayéndolos aquí. Ese es el verdadero sentido nacionalista que debe tener esta ley y que no lo tiene, señor presidente.

Es muy fácil decir: en el campo no trabaja y no prospera quien no quiere. Ya lo dijo una vez el ex diputado Rodolfo Moreno en esta Cámara: ir a trabajar al campo sin los medios necesarios, es condenar a un hombre a vagar por los caminos.

Por otra parte, es preciso —y esta es una de las causas determinantes de que haya solicitado la palabra— es preciso desvanecer de una vez por todas la leyenda calumniosa de la incapacidad para el trabajo y de la haraganería del criollo. Es una de las grandes infamias colectivas ese concepto despectivo sobre la capacidad del argentino. Es la prolongación en el tiempo de aquel arcaico consejo incorporado a la legislación eclesiástica en la época de la colonia, que decía que los nativos de esta tierra,

hijos de padre y madre españoles, no tenían el derecho de ejercer el sacerdocio, porque el sol de América creaba un complejo de inferioridad en el que aquí nacía.

El criollo —y lo saben bien los señores diputados vinculados al campo— el argentino nativo, es laborioso, es heroico. Porque es necesario saber lo que significa levantarse en las madrugadas frías para recorrer el campo en la época del nacimiento de las ovejas, y la tarea realmente penosa que se debe realizar. Es necesario saber lo que significa trabajar de sol a sol en las largas jornadas de la recolección de la cosecha. Es preciso saber el coraje y el desapego a la vida que muchas de las tareas del campo importan, y que el criollo realiza con un fatalismo que no sé si ha nacido de su resignación de vivir la triste vida que está viviendo, o es una herencia de los andaluces descendientes a su vez de los moros. Pero lo real es que para tener un sentido patriótico, esta ley debe procurar la solución para el argentino nativo de su situación económica, haciendo factible la adquisición y posesión de la tierra para que pueda explotarla.

Voy a hacer una cita y pido excusas a mi distinguido colega y amigo, el señor diputado Labayen. Voy a hacer una cita de un libro que he leído, *La incógnita del hombre*, de Alexis Carrel, citado por primera vez en esta Cámara por aquel joven diputado socialista, Guillermo Korn. Alexis Carrel dice que el mal de la civilización moderna es que se aleja cada vez más de la naturaleza. Y otro autor que también he leído y que, quizás, incurra en la crítica de otros eruditos porque a pesar de su grandeza es muy modesto y muy sencillo, pero que ha tenido la noble virtud de despertar en la juventud de muchas épocas, el sentimiento de amor a la justicia social, Henry George, en su *Manual de economía política*, dice que la tierra, como el aire y el sol, no puede negarse a quien la necesite, y se aleja tanto de la naturaleza una organización social que niega la tierra a quien la necesita —como es la nuestra— cual fuere aquella otra que negare el sol o el aire a quien también lo necesite para vivir.

El criollo es fatalista. Y, ¿cómo no va a serlo si viviendo en la miseria, si viviendo sin familia, el espectáculo de su padre y el recuerdo de todos sus antepasados, parece que en el tiempo fuera repitiendo, como un clisé estereotipado, la misma situación de pobreza? Y tanto es así, señor presidente, que en otro libro que también he leído en la página 30 del escrito famoso de la

Representación de los hacendados, de Mariano Moreno, dice estas palabras que pudieron haber sido escritas y aplicadas a cualquiera de las épocas de nuestra organización institucional.

Decía Mariano Moreno hace 140 años: «Pero no señor, los labradores de nuestras campañas no endulzan la fatiga de sus útiles trabajos con los honores que la benignidad del monarca les dispensa; el sudor de su frente produce un pan que no excita la gratitud de los que alimenta y olvida su dignidad e importancia, viven condenados a pasar en la obscuridad los momentos que descansan de sus penosas labores. Los hombres que uniendo lo ilustre a lo útil, ven desmentida en este país esa importante máxima y el viajero a quien se instruye de que la verdadera riqueza de esta provincia consiste en los frutos que produce, se asombraría cuando, buscando al labrador por su opulencia, no encontrase sino hombres condenados a morir en la miseria.»

Esta ley, señor presidente, una vez que se sancione y se aplique es un promisorio ensayo para el futuro y canalizada en esta corriente de aproximación al argentino en primer término a la tierra y permitirle ser su propietario y que bajo el amparo de la misma constituya su familia, aumentando así el número de ciudadanos argentinos, esta ley cumplirá, entonces, todos los nobilísimos propósitos que han inspirado a sus autores y que determinan el voto de todos los sectores de la Cámara, porque es necesario, señor presidente, que al moderno Anteo de la mitología, a nuestro criollo, se le ponga en contacto con su madre la tierra, para impedir que en adelante el Hércules de los intereses creados y de la incompreensión lo mantenga permanentemente en su dolorosa situación actual.

He terminado. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Schoo Lastra. — Pido la palabra.

Días pasados al pronunciar su discurso el señor diputado por la Capital, doctor Repetto, yo le dije que hubiera deseado contestarle en caliente, a lo que me respondió: contésteme usted tranquilamente en frío, después.

No quiero abordar sino algunos de los aspectos en que el señor diputado por la Capital ha presentado la vida del campo. El latifundio, mala palabra, que recién ha sido defendido por el señor diputado Labayen, existe y ha existido en nuestro país porque era indispensable, porque no había otra manera de poblar nuestro territorio sino con él. Es necesario hacerse una impresión de lo que era la tierra nuestra. Considerar los campos de la mesopotamia argentina en estos momentos, no es tener una

idea de lo que fueron entonces. En la misma provincia de Buenos Aires hay campos de los más valiosos, cuya capacidad productiva hace cincuenta años no era ni remotamente la actual. Así, en un campo de 13.500 hectáreas, por ejemplo, en la buena zona de la provincia de Buenos Aires, no se podía tener más de 900 vacas, 400 yeguas y una majada de ovejas para el consumo.

Sin pretender hacer una comparación, hago notar lo que ocurre con las tierras de la Patagonia, que nunca han de ser como las de Buenos Aires, donde para pastorear una oveja se necesitan cuatro hectáreas.

Entonces, se penetró al desierto como se pudo. A un trabajador aislado le era materialmente imposible instalarse en él y avanzaban los núcleos que tenían por centro a hombres de carácter extraordinario y de verdadero espíritu de sacrificio. Así, por ejemplo, el vaseo Luro, que se recorrió —¿qué medios de comunicación había entonces!— la distancia existente de Buenos Aires a Mar del Plata, donde instaló un muelle y un molino; don Carlos Guerrero, en época posterior, que con su padre tuvo que defenderse un día de tres indios esgrimiendo uno de los estribos de su recado; Roberto Urquiza, un elegante porteño que colgó el frac y que con el coraje de sus treinta años salió a poblar, instalándose en Coronel Dorrego y formó una estancia —hoy desaparecida— que fué un primor. En repetidas noches debió salir de la casa e irse a dormir con sus peones escondidos entre las matas de patos puma, porque había invasión de indios.

Hubo en el Oeste, en la vía del Pacífico, estancieros como Ataliva Roca, llamado allí por los indios el Toro Bayo, que tuvo que tener peonadas que alternaban el manejo del lazo con el de la lanza.

La tierra no era entonces como la imaginamos ahora, algo apetecible, algo que interesara. El general Roca, en vísperas de la expedición de 1879 al desierto, imploraba a la gente de dinero que comprase campos fiscales a 400 pesos la legua y los que los compraban eran considerados en aquel momento como beneméritos de la patria. Es muy difícil que nos formemos una idea exacta de lo que ha sido aquéllo y de cómo se pobló nuestro territorio. Las corrientes pobladoras salieron de Buenos Aires siguiendo los cursos de agua. El Oeste de la provincia de Buenos Aires no era habitado ni por los indios. Todas nuestras hoy florecientes poblaciones del Oeste de Buenos Aires, como Lincoln, Villegas y hasta Mercedes mis-

mo, no podían ser habitadas entonces porque no tenían río, arroyo o laguna que pudieran utilizarse. El sistema de los pozos, que tan prácticos resultados ha dado, ha sido descubierto hace unos 75 años y se tomó de los jagüeles que hacían los indios. Recién entonces pudo irse extendiendo la población.

¿Cómo se ha fecundado nuestro suelo? Lo ha fecundado el latifundio. En épocas de epidemia en que se han carneado en algunas estancias hasta 10.000 vacas sobre la tierra, la que ha sido abonada así a través del tiempo en una evolución lentísima, llegando a ser lo que es actualmente.

Se ha hablado de la situación de nuestros agricultores. Indudablemente todos deseamos que, en la forma que se pueda, se distribuya y pueble la tierra. Pero la situación de nuestros agricultores no es tan negra como se ha pintado en algunas de las exposiciones que se han hecho. Existen casos tristes de individuos que tienen que dejar el campo. Pero si se habla con un chacarero y se le pregunta por qué no planta árboles frutales o que den sobra, contesta que no le conviene porque sería hacerlo para los dueños del campo, desde que a los cuatro años lo pueden echar. Y si se les pregunta cuántos años hace que está en la chacra, suelen contestar 17, 22 ó 25 años. Si hubiera puesto una planta para sombra o frutales, hubiera recibido sus beneficios y los habría dejado para que otros también los disfrutaran.

No me considero viejo, pero yo he visto transformarse la ganadería. He alcanzado, cuando tenía cinco años, en la estancia de mi abuelo en Pergamino, la época de los novillos criollos de grandes espas, de lomo angosto, más ordinarios y más feos que los más ordinarios que tenga hoy la provincia de Corrientes. (*Risas*). Y eso ocurría en Pergamino, a las puertas de la ciudad.

Nuestra ganadería ha llegado a ser lo que es, en cuarenta años, en gran parte por la obra de los latifundistas, porque era necesario el capital y las condiciones que ellos reunían para poder ir produciendo y realizar esa evolución.

Otra de las causas a que se deben nuestros latifundios es la despoblación del país. Y yo invoco ante los legisladores socialistas el juicio de un socialista eminente, que nos visitara no hace mucho, Vandervelde, el belga, que dijo: Este país, para tener la densidad de población de Francia, necesita 200 millones de habitantes, y para alcanzar la de Bélgica, la República Argentina debería tener 600 millones.

Sr. Horne. — Suerte que está el señor ministro de Agricultura presente.

Sr. Schoo Lastra. — Tenemos sólo 1.5 millones de habitantes, y como dijera un extranjero ilustre, el coronel Holding, que nos visitara hace muchos años como árbitro en la cuestión con Chile, éste es un país vacío; y todavía estará vacío por un rato.

Sr. Cisneros. — El señor diputado es partidario de la inmigración.

Sr. Schoo Lastra. — Este problema de la colonización, para ser resuelto, lo será en la forma como lo está haciendo actualmente la provincia de Buenos Aires.

Esto no es soplar y hacer botellas. Buenos Aires tiene casi 70.000 hectáreas colonizadas, en campos de primer orden. Creo que mis palabras no provocarán la ola de protestas producida esta tarde en el recinto.

Nada más. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Sr. Castex. — Se puede agregar que en esa gran extensión colonizada de la provincia de Buenos Aires hay un gran criadero de «mulas» electorales. (*Risas.*)

Sr. Presidente (Kaiser). — Tiene la palabra el señor diputado por Córdoba.

Sr. Palacio. — El debate a que ha dado lugar el despacho, se encuentra agotado. Después de los discursos, apoyándolo unos, observándolo otros, puede decirse que éste permanece inmovible en sus fases substanciales, en sus altas directivas de bien público y en los medios excogitados para realizar la colonización que preconiza en la República.

La comisión ha presentado un despacho sin ninguna pretensión; quiere iniciar el proceso de la colonización. Es un proyecto de lineamientos generales, de normas ágiles y flexibles, por el que se crea un consejo nacional agrario para realizar la colonización, dentro de las grandes normas que el mismo establece.

Este despacho no pretende resolver todos los problemas económicos, sociales y financieros que tiene la República; tampoco pretende dar satisfacción a todos los sectores y clases que integran y en que se divide la nacionalidad. Por eso él no contempla la situación de los desocupados, no se refiere a los menores delincuentes, no alude a todas las otras clases que en el país necesitan trabajo. Se refiere fundamentalmente a los hombres que están vinculados a la tierra; se refiere al gremio enorme de arrendatarios, a los peones de chacras, a los hombres que de alguna manera están vinculados al campo, tendiendo a hacerlos propietarios de la tierra.

El dice por eso, claramente, que tiene por objeto arraigar a los agrarios en la tierra. Tiene por finalidad poblar el país y racionalizar la producción argentina. Porque no pretende resolver todos los problemas, ha prescindido de algunos aspectos a que se han referido los señores diputados en el debate. No se ha tomado en cuenta el problema de la enseñanza agraria, a que aludía el señor diputado Pinto. No ha considerado tampoco el problema del crédito agrario, que está estructurado por otras leyes que tiene la República. Espera que todos esos problemas se articulen por leyes especiales, algunas de las cuales han sido ya propuestas al Parlamento y otras han sido sancionadas.

En todo el curso del debate, la objeción más impresionante que se ha hecho es la que hacía el señor diputado por Santa Fe, cuando dijo que esta ley sería innecesaria. Citó el caso de la provincia de Santa Fe, que se había colonizado espontáneamente por el esfuerzo de sus hombres, agregando que sería innecesaria, porque en este momento de nacionalismo económico, a qué íbamos a producir más si no teníamos mercados para colocar nuestros productos. Finalmente dijo, aludiendo a la influencia de las máquinas, para qué vamos a dictar esta ley de colonización.

Pero lo que no ha dicho el señor diputado por Santa Fe, es que la gran prosperidad que tuvo esa provincia y que él ha invocado, se realizó antes del año 1914. Ese proceso progresista de Santa Fe y de toda la República tuvo lugar antes de dicho año, cuando las masas inmigratorias afluían a la República y cuando en el mundo no se había planteado en toda su agudeza el nacionalismo económico. Entonces pudo prosperar el país, entonces, cuando afluían los inmigrantes, no era necesario dictar leyes de esta naturaleza para reactivar la economía nacional y para poblar a la Nación.

Pero en estos momentos en que el nacionalismo económico impide la libre circulación de los productos, en que el país está despoblado, necesitamos crear nuestro consumo interno y poblar la República para que nuestra producción tenga consumidores. La República necesita hoy día reactivar su economía y favorecer sus resultados con una ley como ésta, que tiene por objeto atraer la inmigración europea y arraigar a los pobladores argentinos en la propia tierra.

Se han hecho otras objeciones de detalle al despacho. Se ha aludido a la inconstitucionalidad de esta ley, en cuanto al régimen de las expropiaciones que prevé.

Este argumento ha sido contestado ya victoriosamente en su magnífico discurso por el señor diputado Anastasi. De paso he de decir lo siguiente. ¿Cómo en esta ley no ha de plantearse el problema de la expropiación de la tierra? ¿Acaso no existe utilidad pública en las expropiaciones que autoriza? Nunca más que cuando se trata de una ley de colonización existe utilidad pública. Así lo dijo el ministro australiano Kingston, citado por el ministro Eleodoro Lobos, en su mensaje al Congreso acompañando el proyecto de ley de colonización del presidente Sáenz Peña. Si hay utilidad pública para expropiar terrenos destinados a caminos y para levantar edificios públicos, con mucha más razón habrá utilidad pública cuando se trata de perseguir el bienestar y aumentar el número de habitantes de un país.

El señor diputado por Buenos Aires, doctor Maino, en la exposición que hoy ha concluido aludía a que esta ley no toca el problema de los arrendamientos, no establece el impuesto al mayor valor, ni se refiere al impuesto progresivo.

No toca el problema de los arrendamientos porque ese grave problema ha sido contemplado en varios proyectos que están en este momento a estudio de la Comisión de Legislación Agraria. Llegado el momento, ha de venir el pronunciamiento de la comisión sobre ese aspecto, que la comisión no ha considerado necesario incorporar a la estructura de esta ley.

En cuanto al impuesto al mayor valor y al impuesto progresivo, a que también se refirió nuestro distinguido colega y compañero de comisión el señor diputado Repetto, es un problema grave que tendrá que ser abordado también por el Parlamento y resuelto por una ley especial.

No quiero abrir juicio sobre si es conveniente, o no, establecer este impuesto; pero, desde luego, como contestación a esas objeciones, debo expresar que ese problema debe ser también resuelto por una ley especial.

El señor diputado por la provincia de Buenos Aires aludía, asimismo, a los peligros que

existirían una vez sancionada la ley de colonización, por el exceso de ofertas de tierra, que traería como consecuencia la desvalorización de los productos. He dicho en mi informe, señor presidente, que esta ley se moverá por etapas, con una gran cautela; se empezará a colonizar las tierras fiscales, la tierra de los bancos, de las instituciones oficiales, se harán adquisiciones de tierras cuando no existan esas otras para colonizar, es decir, que el exceso de tierras no existirá y el despacho de ninguna manera podría crear la situación catastrófica a que ha aludido el señor diputado.

He querido así, a grandes líneas y en general, contestar las observaciones hechas en el curso de este debate. La comisión, al considerar en particular el despacho, contestará todas las objeciones, para lo cual está habilitada, y será permeable a todas las indicaciones que se formulen, de carácter fundamental y beneficiosas para mejorar la estructura de esta ley.

Como miembro informante de la Comisión de Legislación Agraria y presidente de la misma, espero que el Parlamento vote esta ley, con la que se iniciará, a pesar de la modestia con que ha sido presentada, un ancho cauce por el que podrá marchar la República hacia la consecución de sus grandes destinos.

Nada más. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Repetto. — Que se vote el despacho en general.

Sr. Presidente (Kaiser). — No hay número en la casa.

Sr. Solari (J. A.). — ¿No hay anotados otros diputados para hacer uso de la palabra en general?

Sr. Presidente (Kaiser). — No, señor diputado.

Sr. Guillot. — Quiere decir que queda cerrado el debate...

Sr. Presidente (Kaiser). — La Presidencia no puede así declararlo, ni puede resolverlo la Cámara, porque no hay número.

Queda levantada la sesión.

—Era 1. hora 20 y 5.

INSERCIÓN SOLICITADA POR EL SEÑOR DIPUTADO LABAYEN

Ley número 2.985. — Transformación agraria

Campos adquiridos por el superior gobierno de la provincia, con destino a colonización oficial

(Artículos 1º y 5º de la ley)

Nombre de su antiguo dueño	Denominación	Destino	UBICACIÓN		EXTENSION			Valor de compra de la propiedad	Observaciones
			Departamento	Distrito	Hectáreas	Varas	Centésimas		
Sue. de Benito Legeren .	Gob. Dr. Miguel Laurencena	Col. Ofic. N° 1	Federación	Chajarí	4.605	27	53	736.844,04	Abon. e/Bonos Transf. Agr
Juan Puchulu e hijos . .	La Magdalena	" " " 2	Villaguay	Raíces	5.656	29	23	509.066,39	" " " "
Francisco J. Crespo . . .	La Amalia	" " " 3	La Paz	Tacuaras	2.600	05	74	260.005,74	" " " "
Sue. Delia P. de Predolini	Gob. Dr. Luis Etchevehere	" " " 4	Paraná y La Paz	María Grande y Alcaraz	12.663	83	29	1.393.021,60	" " " "
José León Barreto . . .	Gob. Dr. H. J. Quirós	" " " 5	Concordia	Yeruá	4.134	23	09	390.000,—	Se hizo uso de un crédito hipotecario de \$ 351.000.
Sue. Mariano Unzué . . .	Tomás de Rocamora	" " " 6	Uruguay	Potrero	5.814	19	77	510.225,30	Abon. e/Bonos de Transf.
Juan R. Berezaga	Anexado a la Col. Of. N° 2	" " " 2	R. Tala	Durazno	208	—	—	23.400,—	Abonado en efectivo con fondos de la ley.
Maryin Mareó	Idem	" " " 2	R. Tala	Altamir. Norte	475	—	—	42.750,—	No abonado ni escrit. aún.
								3.865.313,07	

A la Colonia Oficial N° 2 se anexó también el Campo Cardazzi, de 514 hectáreas, proveniente de un sobrante de tierra de la mensura practicada en los campos de los señores Carlos R. Guichón, Adolfo Martinetti y Fernando R. di Motta, ubicado en el departamento Villaguay, distrito Raíces.

Contaduría General, diciembre 31 de 1938,

Ley número 2.985. — Transformación agraria

Cuadro demostrativo de su movimiento al 31 diciembre de 1938

CONCEPTOS	Valor de compra de las tierras ad- quiridas con bo- nos y efectivo	Ingresado por co- bros a colonos y por venta de bo- nos	Gastos atendidos con fondos de la ley
	\$ m/n.	\$ m/n.	\$ m/n.
Adquis. campo Legeren para la Col. Ofic. N° 1	736.844,04	—	—
" " Puchulu para la Col. Ofic. N° 2	509.066,39	—	—
" " Crespo para la Col. Ofic. N° 3 (1)	260.005,74	—	—
" " Predolini para la Col. Ofic. N° 4	1.393.021,60	—	—
" " L. Barreto para la Col. Ofic. N° 5 (2)	390.000.—	—	—
" " Sue. Unzué para la Col. Ofic. N° 6	510.225,30	—	—
" " Berezaga para la Col. Ofic. N° 2 (Anexo)	23.400.—	—	—
" " Mareó para la Col. Ofic. N° 2 (Anexo) (3)	42.750.—	—	—
INGRESOS			
Por cuotas cobradas a los adquirentes de lotes \$ 100.375,74			
Por mejoras 438,90			
" intereses 1.347,78			
" semillas 17.590,31	—	119.752,73	—
Producido de las ventas de bonos de transformación .	—	824.250.—	—
EGRESOS			
Por mensuras	—	—	50.635,50
Por entrega a la Junta Autónoma de Lucha contra la Langosta	—	—	5.642,55
Por adquis. de campos para las Col. Ofic. y pago serv. hipotecarios	—	—	742.631,97
Para pago de sueldos del personal administrat. de las colonias	—	—	37.362,86
Por compra de materiales, herram., alamb., molinos, má- quinas agrícolas	—	—	9.710,47
Por compra de semillas para las colonias	—	—	66.634,46
Por gastos instalación frigorífico de Villa San José (Colón)	—	—	204.867,01
Por gastos publicaciones	—	—	10.674.—
Por gastos varios	—	—	17.615,82
Totales	3.865.313,07	944.002,73	1.145.774,58

Contaduría General, diciembre 31 de 1938.

- (1) Se reservaron \$ 71.000 en bonos para atender el gravamen hipotecario.
 (2) Se hizo uso de un crédito de \$ 351.000 otorgado por el Banco Hipotecario Nacional.
 (3) No abonado aún su valor.